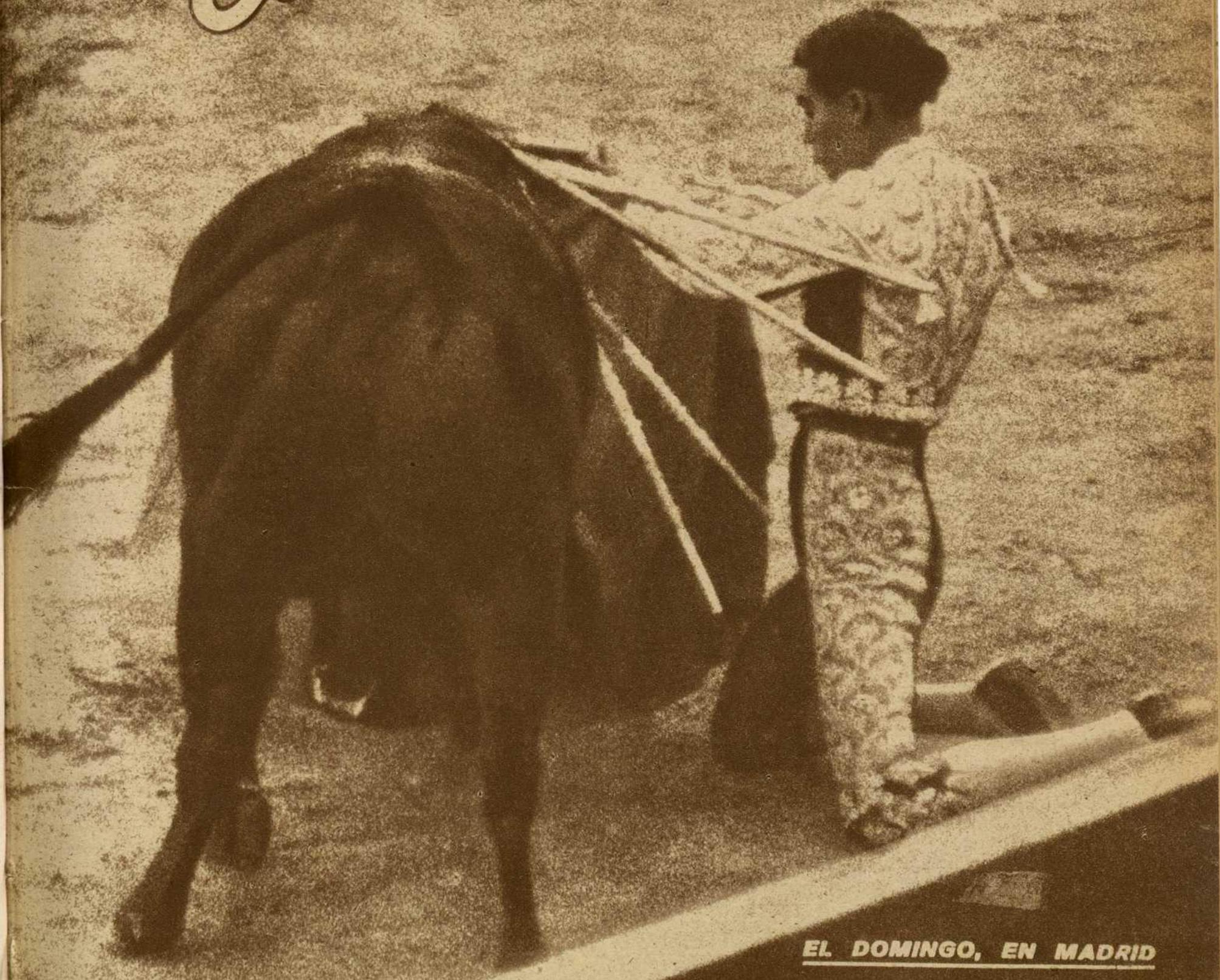




Un encierro en Andalucía
(Dibujo de Perea.)

El Povedo



EL DOMINGO, EN MADRID

El BONI en el pase de rodillas con el que inició la faena de su primer novillo

(Foto Baldomero)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO



Tres momentos del Boni en su primer toro



Rafael Martín Vázquez, preparando un par de banderillas y en la suerte del... «¡te daba así!»... en su segundo toro



El debutante, Bullido, después de matar a su primer toro, escucha una ovación

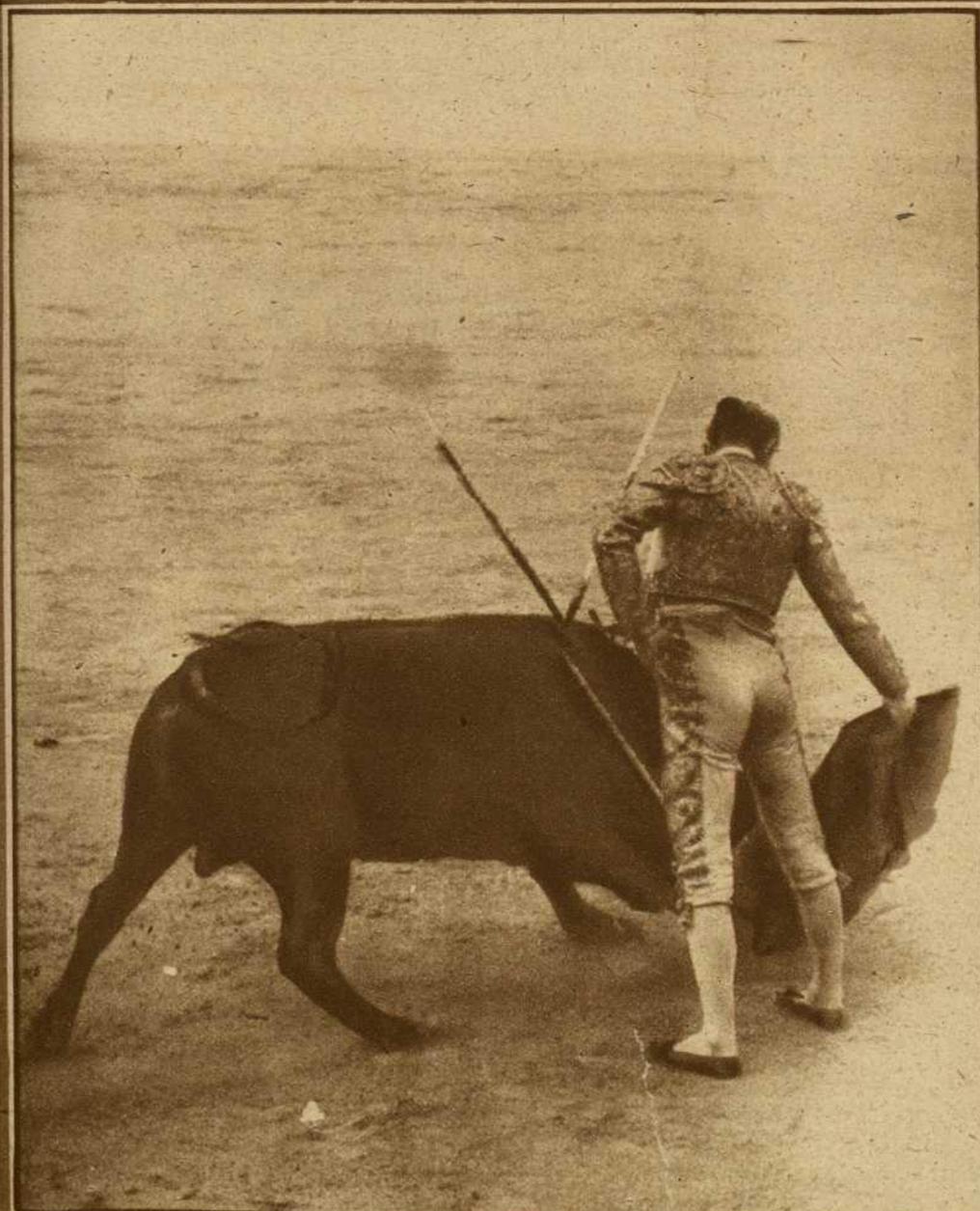
ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I — Madrid, 18 de julio de 1944 — Núm. 6



EL DOMINGO EN MADRID.—Bullido en un gran pase con la derecha durante la faena de su primer toro, del que cortó la oreja. (Foto Baldomero.)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



EN pleno mes de julio, y en el día de la Virgen del Carmen, se celebró en toda España, entre diversas novilladas, una sola corrida de toros!

Antes de echar al vuelo las desoladas campanas de la alarma, he querido convencerme, sobre esa historia contemporánea que va quedando impresa en los periódicos, de que este hecho no tenía precedentes. Mis dedos y mis ojos se han cansado

de pasar y mirar páginas plétoricas de acontecimientos taurinos en día tan singularmente festivo como es en España el de la Virgen del Carmen.

Y entonces, ¿qué es lo que ocurre? ¿No hay Empresas?, ¿no hay toreros?, ¿no hay toros?, ¿no hay aficionados?...

Aficionados, más o menos despistados, no faltan; toreros, tampoco, puesto que de ellos vemos llenos... los tendidos; Empresas, aunque no sepan cómo entenderse con el actual desbarajuste, también hay, y toros, dicen que no faltan, aunque sin genio y... ¡sin peso!

La incógnita que tantas veces he querido poner en claro la despeja cada uno a su conveniencia, y la única conclusión posible a la que se llega, después de oír a todos, es que estamos ante los más desbordados deseos de lucro. El más insignificante novillero que mendigó porfiadamente un puesto en el más absurdo cartel, si tiene un poco de suerte y corta una oreja, pide precios fabulosos, exige fechas, ganado, compañeros y la alternativa en la misma temporada de su enano éxito. El ganadero, al amparo de qué sé yo qué privilegios, quiere cobrar la carne ruin de sus chotos a precios fabulosos. Y esas Empresas, entre unos y otros, poseídas del mismo afán de lucro, sólo ven la posibilidad de su negocio o en una corrida de toros, en la que no pueda faltar determinado diestro, para cobrar los boletos al precio más fantástico o en la novillada económica—muy económica—en la que, por insignificante que sea la entrada, se gana siempre dinero.

De momento aquí está, para quien lea y medite, despejada incógnita de por qué el domingo sólo hubo una corrida de toros—la que podía garantizar el «no hay billetes», tuvieran el precio que tuvieran— y por qué todo lo demás fueron novilladas, aunque algunas, la de Barcelona, por ejemplo, fuese tan cara como una corrida de toros.

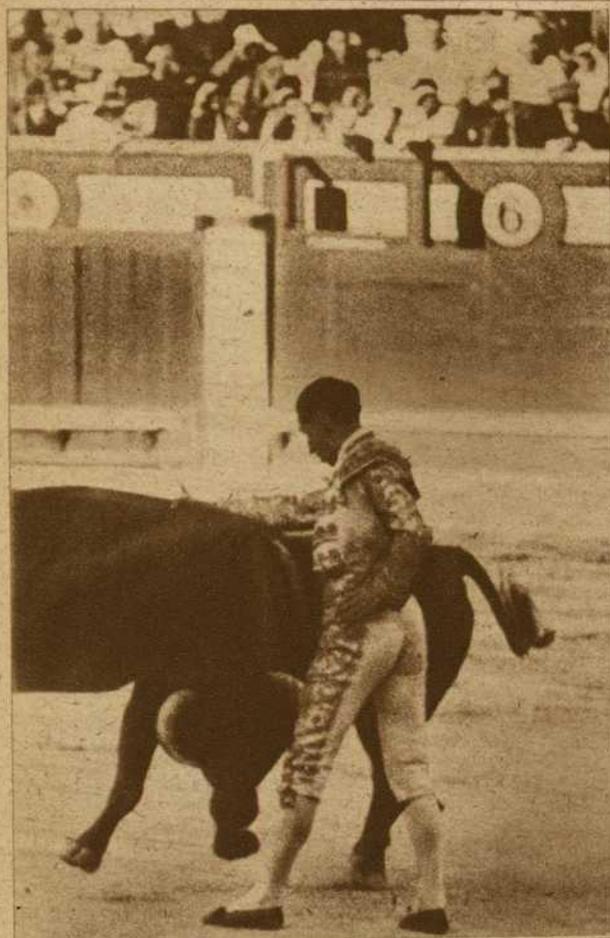
Sin embargo, ahora hay muchos ilusos que creen resuelto el problema porque dicen que van a venir otros toreros; porque, hoy mismo, Madrid, la Empresa de Madrid, acaso llene la plaza con una presentación excepcional. «Los de aquí—se dicen los ilusos—tendrán que apretar». Y creen que acabaron las amaruras.

¿Apretar, quién? ¿Apretar, qué?... Aquí y allí sólo apretaron siempre los de aquí, y a sus expensas vivieron los de allí.

Marcial Lalanda, en su día, tuvo razón; una razón absoluta de torero español.

La corrida del domingo en MADRID

Seis novillos de don Francisco Cruz, para el Boni, Rafael Martín Vázquez y Francisco Bullido



Bullido en el toro de su presentación, del que cortó la oreja como premio a su gran faena



El Boni toreando de capa a su primer toro

Preside el señor Cartier. Hay claros en la Plaza y corre algún viento. Se lidian seis novillos de la viuda de Cruz por el Boni, Rafael Martín Vázquez y Francisco Bullido, que debuta.

Primero.—Negro y gacho. Boni veroníquea ajustándose por el derecho. (Oles). Cuatro varas. Quitos de los matadores a la verónica. El debutante lancea capote a la espalda. (Ovación). Dos pares y medio. Boni brinda al público y comienza con dos pases arrodillado. Sigue al natural y el novillo se cae. Cuatro pases en redondo, saliendo enganchado al rematar. Otra serie de tres y otra cogida al quedarse en la cara. Otra más; todas sin consecuencias. Mata de una estocada ladeada y un descabello. (Muchas palmas y vuelta al ruedo).

Segundo.—Ensabanao y con facha de toro. Rafael Martín Vázquez lancea movido. Cuatro varas mansurroneando. Dos pares y medio. El diestro trastea con movimiento y mata de un sartezazo en el cuello.

Tercero.—Negro y más chico. Bullido lancea vulgar. Dos varas y un refilonazo. Quite del matador. Dos pares y medio. Bullido comienza por alto y sigue valiente en redondo, ayudados y dos pases de pecho muy buenos. (Oles). Manoletinas y remate que se aplauden. Mata de una estocada hasta la mano, aguantando. (Ovación, oreja, vuelta y saludo).

Cuarto.—Negro, pequeño y abierto de cuerna. Boni lancea movido. Tres varas y tres pares. Boni alinea por la cara sin lucimiento y caza al novillo de media estocada. Descabella. (Pitos).

Quinto.—Negro, mayor y desarrollado de cabeza. Cojea. Rafael M. Vázquez lancea movido. Tres varas. Quite de Rafael por chicuelinas y de Bullido por verónicas. El público abucea a Boni en su turno. Rafael toma los palos, y después de su preparación de costumbre, quiebra un buen par. (Ovación). Otro al quiebro regular y medio por dentro. Brinda al público y comienza por cinco altos y uno de costadillo. Al torear en redondo sale achuchado y detiene al toro con la mano. Sigue por altos y molinetes. Dos tandas de naturales vulgares y serie de manoletinas. Mata de un sopapo ladeado. (Aplausos del sol).

Sexto.—Jabonero sucio. Bullido lancea regularmente. El novillo está derrengado. Tres varas. Un par y dos medios. El matador trastea para igualar y mata de un pinchazo y una casi entera en su sitio. (Palmas).



Un buen pase con la derecha del Boni a su primer toro



El Boni en un excelente rechazo al primer toro de la corrida



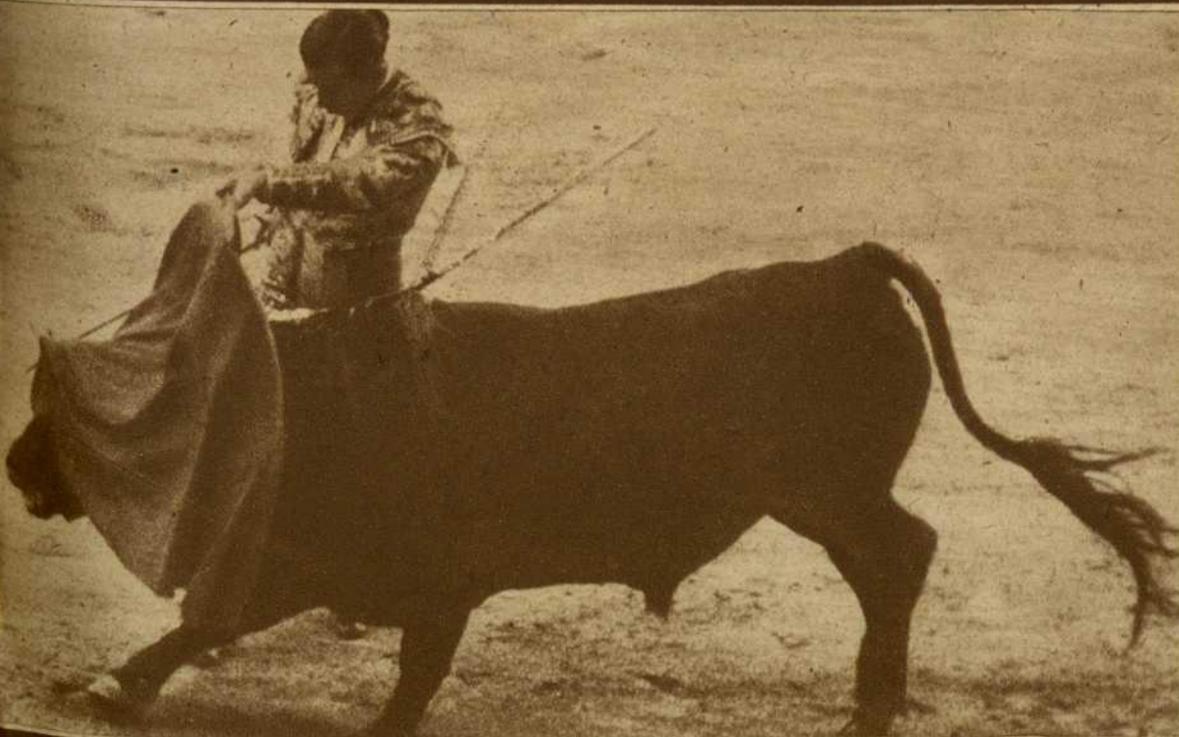
Rafael Martín Vázquez en un lance de capa al cuarto toro



Un pase ayudado por alto de Martín Vázquez al toro que brindó al público



Martín Vázquez toreando al natural al segundo toro



Paco Bullido en un gran pase de pecho a su primer astado



El debutante Bullido da la vuelta al ruedo con la oreja que cortó al toro de su presentación en Madrid (Fotos Baldomero.)

JUICIO CRITICO

No vale que nos calentemos la cabeza con la novillada del domingo. Se vió lo poco que pudo producir un ganado blando de remos, que mansurroneó bastante y que tuvo casta escasa. El primero, negro, y los dos de capas claras, segundo y sexto mejoraron el tipo escuálido de los restantes. Tan escasos de bravura como de fortaleza fueron todos, que tomaron las varas ahogándose en la segunda. Por más resistentes o menos castigados, llegaron con bien a la muleta—aparte de caídas sin cuento—el primero, tercero y apenas el quinto. El resto fué mansurrón, blando y deleznable.



Ya hemos cantado las posibilidades de los diestros al fijar las de sus enemigos. Por orden de éxito, el debutante puede ocupar el primer lugar. Con la capa, el codillear y llevar fijo y hecho el lance le destiució a la verónica, pero dejó ver un buen quite por gaoneras que le ganó la primera ovación madrileña y de la corrida. El muleteo del tercero tuvo tacha de poca fija-



za en los terrenos, pues tomó al toro muy abierto y no lo sujetó en tercio durante la faena. Pero con ello, hubo pases de excelente calidad y, sobre todo, tres de pecho con la izquierda, que aunque no procedían de la puerta del natural, llevó toreando todo el toro en esa emocionante y bella suerte. Buenos redondos y manoleínas completaron una labor que culminó en una estocada aguantando, al arrancarse el toro en la muerte, francamente notable por la

limpieza del cruce. Por allí vino una alentadora oreja y el aplauso general, que no desdibujó una faena breve al que cerró plaza, que aunque con alivio de alargar brazo, fué rematado en buen sitio y sin puntilla con el acero. Una presentación afortunada y estimulante.

Por los otros lados, nada o casi nada. Boni sacó buenos pases a su primero, docilón y suavísimo, cuya poca fuerza le hacía quedarse en el centro de la suerte. La inofensividad del novillo se demuestra en el hecho que Boni fuese cogido tres veces y que no se afligiese. Claro, Boni pudo lucir bien a mansalva su temple y reposo y aun dar una vuelta al ruedo por su labor ante escasísimo enemigo. En el cuarto estuvo vulgar y desconfiado. Nada; no hay enmienda al cabo de los años.



Rafael Martín Vázquez también atrasa. Visto ya casi por completo en su dimensión, se nos queda flojo con el capote siempre, movido en el muleteo del segundo y peor en su muerte. En el quinto, sus lances puesta en suerte de palos, dió entrada a un buen par y a dos menos buenos. Y estuvo deslavazado con la franela; a pesar de algunos pases aislados y de un forcejeo atlético con el toro, en el que no faltaba más, venció el torero por puntos abundantes. Su calidad estuvo a tono con los aplausos que obtuvo, ubicados en la solanera. Valentón a ratos; pero nada más en una tarde gris de peonaje y piqueros. Apenas Chalmeta y un par de Quintana sobresalieron.—EL CACHETERO.

MARIO CABRÉ!!!

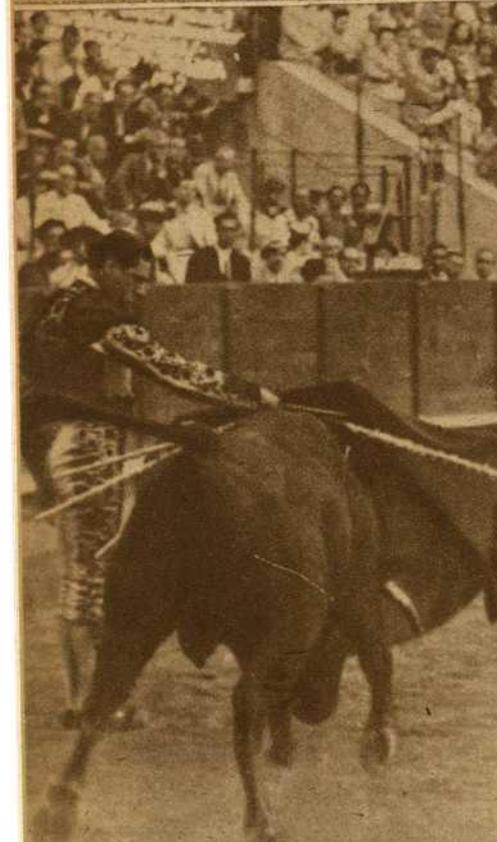
Fracaso de un adagio

fracasó por completo el adagio que reza: "Nada es profeta en su tierra". De Barcelona es Mario Cabré, y aquí logró el domingo un gran triunfo, por obra del perfecto acoplamiento de los esenciales factores: voluntad, valor y arte. Siguiendo a sus toros a embestir, a pasar, a doblar y a tomar por ende la capa y la mulleta de y como él quiso. No mandaron los astados ningún momento; mandaba el torero y ellos decían, "obligados" en muchos de los pases, o obedecían. Las dos reses fueron desorejadas y su matador caído en hombros por el ruedo y sacado en misma forma a la calle. Y así vi que le llevaban a avenida de José Antonio arriba. ("La Vanguardia".—EDUARDO PALACIOS VALDES.)



Tarde triunfal de Mario Cabré

Tarde triunfal ha sido la de Mario Cabré. Ex-doble y legítimo. Puede estar satisfecho con el triunfo obtenido ante sus paisanos. Muchas veces como ésta deseamos al simpático torero barcelonés. ("Hoja Oficial".—DON VENTURA.)



El triunfo de Mario Cabré

Grande ha sido la gesta de Mario Cabré, que se dispuso a triunfar y triunfó en sus dos pases. Con arte y la inspiración del paisano se creó el doble éxito, grande y legítimo. ("Diario de Barcelona".—FEGUFL.)



Mario Cabré, triunfador

Mario Cabré demostró que parándose como se para el de Córdoba y mandando al estilo del cordobés, con toros de Trespalacios, de Veragua o Miró, de poca casta o más casta, se llega hasta donde llega todas las tardes Manolete, y llegó, para su fama y buena reputación y para el público. Mario Cabré, que con toros de pésimo estilo cortó orejas y salió triunfante por la Puerta de Ordenes de la Monumental, en hombros de los espontáneos. ("La Prensa".—R. LOPEZ CHACON.)



Gran triunfo de Mario Cabré

Mario Cabré iba a por el triunfo, y el triunfo llegó. Se lo ganó a pulso, echándole mucho valor a la cosa, valor y arte. Se cumplieron los deseos de triunfo de Cabré, de este muchacho catalán, sepcillo, que apretaba las orejas de sus toros sonriente, respetuoso, halagado por los aplausos que merecía y le otorgaron. ("Solidaridad Nacional".—MANUEL VELA JIMENEZ.)

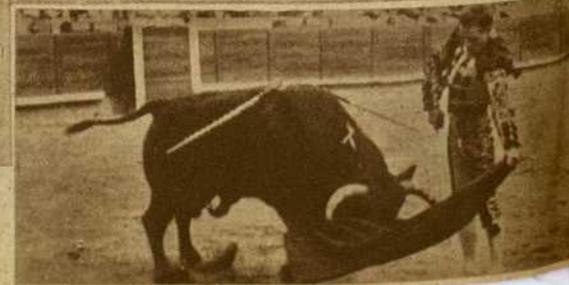


Una tarde redonda de Cabré

Sobre todo, guardaremos el recuerdo de la consagración de Mario Cabré como excelente torero y valentísimo estoqueador. Cortar las orejas de los dos toros en una tarde como la del domingo lo hace solamente un torero de definitiva categoría como lo es hoy Mario Cabré. ("Correo Catalán".—DOMINGO.)



Juicios y notas gráficas del auténtico triunfo que obtuvo en Barcelona el 9 de julio de 1944 esta gran figura del toreo



Fotogramas del domingo, en Madrid



El Boni, con su padre, que salió de peón de confianza de su cuadrilla



Martín Vázquez y El Boni charlan en el patio de caballos antes de salir al ruedo



Paco Bullido con su apoderado, Ramón Sarachaga, y el señor Gómez de Velayos



Antes de la corrida, Paco Bullido sonríe optimista y esperanzado en el triunfo



El Boni, Martín Vázquez y Paco Bullido antes de la corrida

DESPUES DE LA CORRIDA HABLAN LOS TOREROS



El Boni

EL BONI

El mozo va despojándose de sus vistosas, teniendo buen cuidado de no dejarlas sobre el lecho. ¿Superstición?... ¿Casualidad?... Lo que sea; pero lo cierto es que en nuestras rápidas visitas a los diestros venimos observando el buen cuidado que los mozos de los espadas para evitar que los vistosos trajes descañen sobre los lugares de antiguo considerados como de mal agüero.

Rafael Parra, el muretoro, se comporta correctamente, refiriéndose a su trabajo, nos arguye:

—Mi primero, si no hubiera anduvo desprovisto de fuerza y alegría. Por

ello no pude redondear la faena. Como quiera que se retrata en la embestida, tuve que echarme encima, y por esta causa me entrapillé dos o tres veces.

—En cuanto al otro, ¿qué nos dice?

El Boni, haciendo un gesto muy significativo, aduce:

—Qué voy a decir! Pues que era muy malo, para hablar por ambos lados, echaba la cara al suelo, descarraba y se gaba que era un primor! En una palabra: mi "contrasello", con el que no sabía otra cosa que liarlo lo más rápidamente posible. Y eso fue lo que hizo.

RAFAEL M. VAZQUEZ

Mientras su auxiliar guarda amorosamente alfileres y caireles, el diestro espera a que el baño esté dispuesto.

—Los dos bichos — explica — que me correspondieron fueron mansos de solemnidad, aunque no peligrosos. Singularmente el quinto se cernía mucho por el lado derecho y no había manera de hacerlo pasar.

Este bicho público de Madrid, al que cada tarde me siento más obligado, continuó exigiendo sus diferencias para conmigo, lo que me hizo recibir más de tres proporciones una actuación completa.

Y repitiendo lo que sin duda comulgaba en Rafael una idea obsesiva, almorzó a sumergirse en el oleaje de la batalla.

BULLIDO

El héroe de la tarde tiene el aposento repleto de admiradores, a los que inútilmente pretende desmontar. Hasta que el inquieto Sarachaga — apoderado del baturro — viene en su otro auxilio, hurtando al torero por unos instantes al corro admiringo y halagador. Paco Bullido, inasequible al énfasis vanidoso, refiere las óptimas impresiones que le mereció la afición madrileña.

—Como todo aspirante al pisar el primer ruedo del mundo, sentía un vivísimo interés, fijado al mismo tiempo por una emoción muy difícil de contrarrestar. Luego, una vez en la arena, al comprobar la bondad de los espectadores, fui perdiendo



Martín Vázquez

la impresión que me dominaba y procuré a mi primer torero lo mejor posible. Recompensaron con creces mi trabajo, y yo salí de la Plaza lamentando no haberme superado en el sexto, al que por su mansedumbre tuve que limitarme a hacerle una faena de alfileres, exenta de lucimientos. Y ahora, digame, señor reportero, ¿quién no desea volver a comparecer ante un público tan magnífico en sus apreciaciones?

Ambos documentos mirados que sobre nosotros convergían, optamos por dejar la respuesta para otra ocasión y estuimos, antes de que se nos abata la impaciencia de los numerosos amigos del diestro.



Paco Bullido

El José Romero de Goya

Por JOSE CARLOS de LUNA



José Romero, por Goya

Cara de menestra al bobalicon la de este torero que retrató don Francisco con la intención plausible y redomada de evitar guños picaros y murmuraciones de tascas, que más le arañaban el corazón que la vanidad.

José Romero no librara la popularidad en las botillerías y mesones sin dos ex-

traordinarias circunstancias parejas en el son de comentarios y dispares en la escena, aunque ambas derivan de su profesión. Fué la primera alternar con Pepe Illo la tarde de su muerte, y tener él que rematar al toro que apagó aquella vida jaranera y luminosa, entre hombre de bien y chispero desatentado, fiolo del pueblo y enganche de muchas voluntades, con falda de medio paso y mantilla de madroños: unas que pesaban en las merendonas a extramuros, y otras, disecadas en los romances de cordel.

José Romero, duro y sin gracia, recogió el raudal de simpatía que tras el alma se le escapó al compañero. Y arrebujada en las lágrimas que lloraban a éste, llegó para el rondeño la popularidad, y a su frente, capitaneándola, española desde el "caramba" de moaré a los picos de jilguero de los chapines de raso, con galgas y tacones de garruchilla, la consabida duquesa, tan sacada a relucir sin venir a pelo y zarandeada con exosiva figuerza por todo el que quiso y quiere echar su cuarto en el capillo de la española, contribuyendo con su brochazo de almazarrón al decorado de la pandeleta, tantas veces platillo petitorio para remiendos de la propia capa y lumbre del anafillo hogareño.

En fin, que a la duquesa Cayetana de Alba se le antojó regalar un vestido de torear a José Romero, y que con él lo retrató Goya, dando un mentís a la maledicencia, ¡Menudo cascarrabias era el sordo para servir de comparsa ni a toreros ni a príncipes!

La chocarrería, sin fundamento alguno, achacó el regalo a esto o a lo otro. Esto, el capricho ducal por el rondeño, y lo otro el doloroso recuerdo del capricho muerto. Así el pueblo fingía halagos que acababa creyéndolos realidad.

En un viejo documento que tenemos a la vista así se describe el regalo de funeral o de medio luto, ya que Goya lo alegró en el lienzo con un chaleco de su cuenta y gusto. Era el vestido "de gusanillo negro batido con azabache y puntillo también negro, guarnecidos de cadenas, flecos de torzal cada uno, con su juego de lazos bordados y lentejuelas azul pavo; hombrillos bordados con sus correspondientes borlas y también guarnecidos de cadenas de arcos y flecos, todo fino. De lo mismo el chaleco con su galón y pasamanos, y todos los ramos y bordados sobre muy rico raso de seda negra".

El artista le cambió el chaleco por uno blanco de canutillo con pasamanería y galones de plata; y le añadió, a medio hombro y por garbo de la figura — más achaparrada que afrosa —, un capote de paño negro con vuelta roja y ahoyada.

No hay por qué echar a volar la imaginación en busca de salacidades explicativas del presente. Era costumbre por aquellos tiempos regalar a los toreros vestidos profesionales, y en nuestros días aun se conserva la tradicional competencia tras un capote de paso, por el honor de conseguirlo, más que por la necesidad que de él se tenga. Pero entonces, casi más que costumbre, era obligación de las Empresas, sentada en las escrituras de contratos, dar ropillas a los lidiadores, como parte del precio del ajuste, obligándoles a usarlas y lucirlas en las fiestas contratadas, y tendentes a la uniformidad de las cuadrillas como señal de lujo.

Conforme los espadas fueron rotándose de auxillares fijos, y las fiestas de toros encumbrándose por sendas de verdadero arte, iba desapareciendo la costumbre de pagar en parte con vestidos, porque ya humillaba a aquellos hombres, que se jugaban la vida entre los aplausos de una afición caldeada y exigente, depender en el decoro de su presencia de los empresarios, que le equiparaban en espectacularidad a las dificultades de la profesión. Sin más estímulo que el de la propia y bien sentida vanidad, llegaron los toreros de nuestros días a cuidar de su ropa tanto como de su dignidad profesional. Y se dan casos en que se cuida más aquella que ésta.

Parece absurdo, pero es verdad.

CARTEL DE BARCELONA



Manolo Cortés en el toro que triunfó el domingo en Barcelona, lo prepara para comenzar la faena



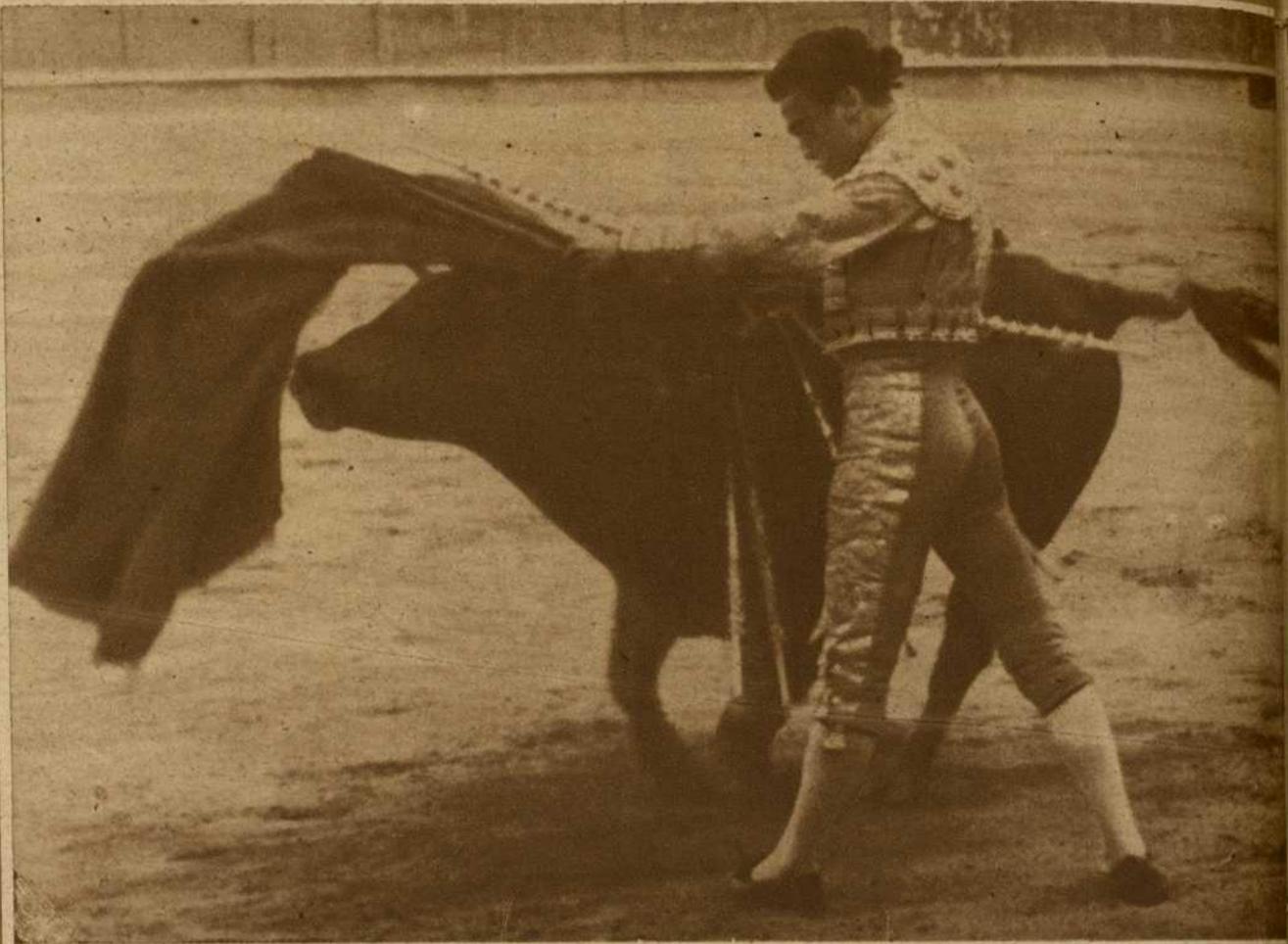
Con un ayudado, Manolo Cortés saludó a su segundo toro, en el que obtuvo un señalado triunfo



Manolo Cortés toreó a la perfección con la mano izquierda a su segundo toro, y de su faena es este pase por alto que va a iniciar



Un pase por alto, con las dos manos, de Manolo Cortés, en el quinto toro de la tarde



Manolo Cortés en un majestuoso pase por alto de los tres que **46** al principio de la faena en el toro que cortó las orejas

RESEÑA

BARCELONA 16 (De nuestro corresponsal, Subiran).—El cartel había gustado y faltó poco para el lleno total. Después del paseillo se palmea a los matadores y de una manera especial al triunfador del pasado jueves, Manolo Cortés. Toros de rejones.—Estaturario, de Cristina de la Maza, negro y con pitones regularmente embotados. Paquito Mascareñas lo corre bien, y tras lucir sus dotes de magnífico caballista, coloca varios pares de banderillas y rejones con más facilidad que acierto. Clava dos rejones de muerte, que no crusan el efecto buscado, y el novillo pasa a manos del sobresaliente, quien, después de hacerse un lío y perder una zapañilla, logra quitárselo de encima de un pinchazo hondo y una entera.

LIDIA ORDINARIA.
Primero.—Estupendo, negro y muy terciado, mogón del izquierdo. Toma dos varas malas, quitando Parrita y Aguado de Castro. Bien parado, toma de muleta Parrita con unos valientes ayudados por alto, consintiendo mucho, pues el bicho está quejado y se aploma por momentos. Al intentar torrear por naturales sufre una aparatosa caída sin consecuencias, volviendo valiente al toro, para lograr unos izquierdazos perfectos. Con un pinchazo sin soltar y una casi entera en buen ritmo, rueda el toro sin puntilla. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Segundo.—Montenegro, berrendo en cárdano, de más respeto que el anterior. Caravacado, hace una pelea leal en varas y toma dos finta con un marronazo.

Con un quite por chicuelinas de Aguado de Castro y tres pares de banderillas acasándolo, el matador sale a entenderse con el toro, comenzando con unos muletazos indecisos.

Larga unos naturales valientes y falla en la monoletina, y a continuación larga tres naturales con la zurda, sin parar. Con un pinchazo, llevándose el arma, otro más hondo, liquida a su enemigo. (Palmas al matador y pitos al novillo.)

Tercero.—Normando, recordadito en todo. Manolo Cortés lo espeza de rodillas a la puerta del toril y da una larga cambiada imponente, que provoca una larga ovación.

Cuando los peones de Cortés colocan al bicho en suerte, el matador, tras brindar al empresario Balaña, inicia la faena con tres por alto majestuosos y en medio del entusiasmo general. Con hambre de toro hace una faena enorme, cumbre, dando un curso de bien torrear, con hechuras de matador de toros. Tras hincharse de torrear, señala un buen pinchazo, siguiendo una entera y dos descabellos. (Ovación estrepitosa, vueltas al ruedo, dos orejas y el rabo. Ante la insistencia de los aplausos, en su segunda vuelta al ruedo obliga a los otros dos matadores a salir con él.)

Cuarto.—Carifoso, berrendo en negro con buena talla y haciendo cosas de manso.

Salte suelto de los primeros capotazos, y poco después, tras algunos intentos, sale limpiamente al callejón. A fuerza de obligarle le hacen tomar dos varas y un rehilonazo quitando Aguado de Castro y Cortés. El manso mete la cabeza, duriendo a Parrita, a quien mete la cabeza varias veces estando en el suelo. Afortunadamente, la cosa no pasa de una soberana paliza, y Parrita vuelve rabioso al toro para sacarle los naturales que quería, al son de la música. Un pinchazo, media en buen sitio, y descabella. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Quinto.—Carisero, negro; un bafalo, mogón de los dos «plátanos». Parrita ha pasado al taller de reparaciones, y Aguado de Castro se luce en quites.

Aguado de Castro lo aprovecha y hace una faena reposada, torerísima, en la que destaca unos naturales con la zurda y monoletinas. Cuando se ha hartado de torrear larga un estocazo que liquida a su enemigo. (Hay ovación y vuelta al ruedo.)

Sexto.—Vinatero, negro y ancho de cuerna. Entra a los capotazos como un bolido y se revuelve rápido, enviando a los altos a los montados.

Manolo Cortés capotea y nos demuestra que es un torero largo, obligando al bicho. Con la muleta da unos pases de tanteo y de efecto que dejan al toro muy suave. Luego tira de repertorio y larga unas monoletinas que se aplauden con gana. Hay molinetes, rodillitas y todo caso de adornos. Pincha sin soltar, y repite con otro hondo, y descabella. (Ovación vuelta al ruedo y salida a hombros.)

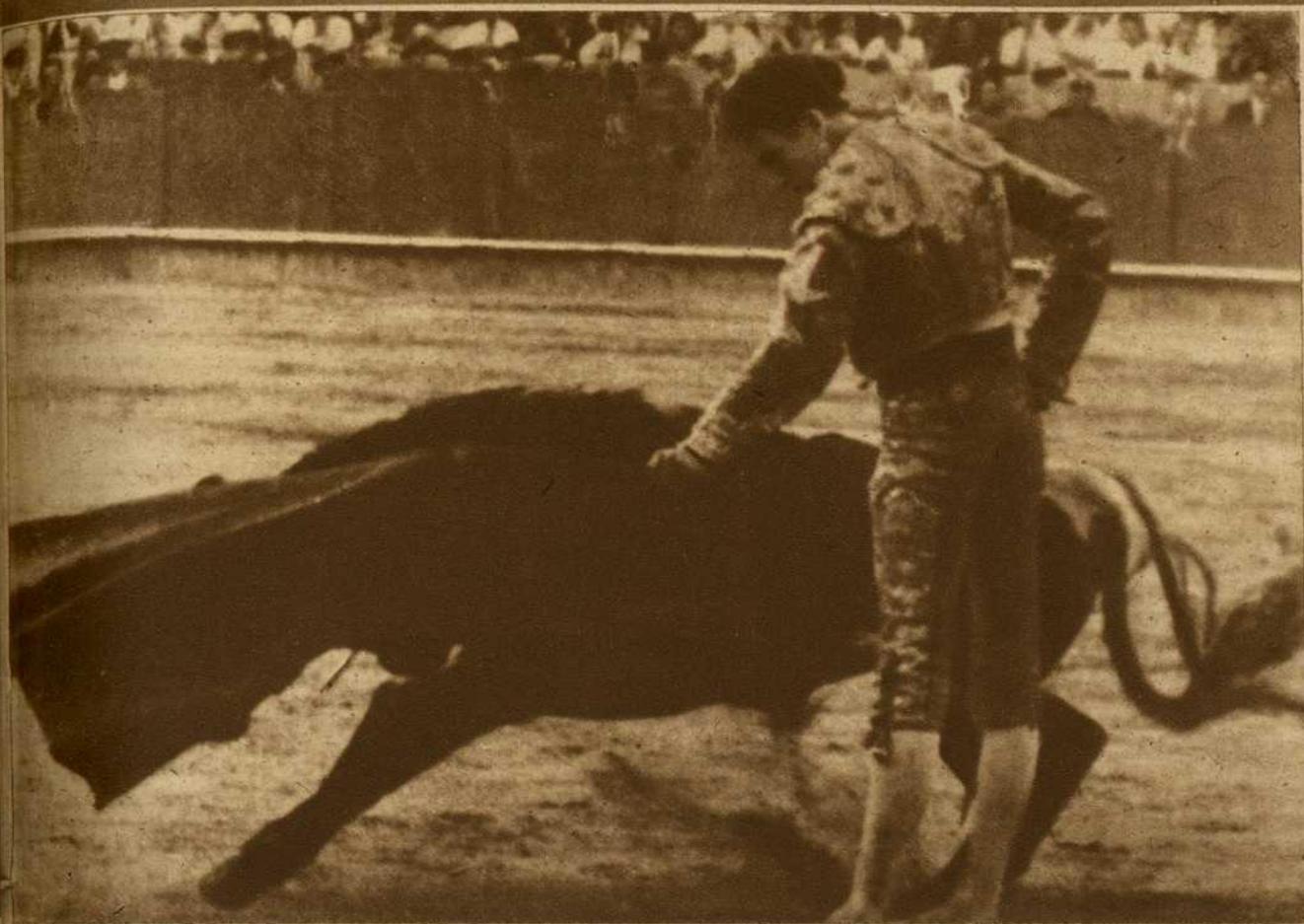
Peso de los novillos: El de rejones, 167 kilos. Lidia ordinaria: 186, 187, 193, 182, 205 y 200.



Manolo Cortés, después de la faena que realizó en su segundo toro, muestra los trofeos

SEIS NOVILLOS DE ESCUDERO, para PARRITA, AGUADO DE CASTRO Y MANOLO CORTES

ACTUACION DEL REJONEADOR MASCARENHAS



Parrita, en un izquierdazo a su primer toro, en la corrida del domingo en la Plaza de Toros de Las Arenas

JUICIO CRITICO

No hubo toros porque los seis de Escudero sacaron feo estilo; pero hubo toreros con ganas de hacer cosas y de alegrarnos la tarde.

Era la novillada de los "empujones", con dos matadores punteros al frente de la terna, y ésta completada con un aspirante de cuidado que ya había triunfado el jueves anterior sobre la misma arena y que por esto precisamente se le repetía.

Parrita y Aguado de Castro, ya con el cartel hecho, vieron venir la tormenta y se apretaron "los machos". Pero inútilmente, pues el valenciano Manolo Cortés, al primer empujón, de un solo envite les ganó la partida sin apelaciones posibles. Y ésta fué la nota cumbre de la corrida: el nacimiento y consagración definitiva de un nuevo valor, al que ya se le puede considerar como el único sucesor de las glorias de éste Vicente Barrera, que ha vuelto a los ruedos por pura nostalgia de los aplausos.

El toreo luminoso, alegre, de sin igual colorido de la Sevilla de Levante, lució esta tarde esplendoroso en el ruedo de Las Arenas por obra y gracia del magnífico capotillo y mágica muleta de Manolo Cortés, figura que sigue toreando con luminosidad sin rival. Manolo Cortés armó el escándalo con el único toro bueno de la tarde, y volvió a triunfar en el último con otras facetas, pues nos ha demostrado que sabe perfectamente cuál es el terreno que pisa, y ha sacado faenas de donde no las había, bajando la cabeza y las intenciones del bicho con unos muletazos de torero sabio y ya hecho. Manolo Cortés es ya la figura, la revelación de la temporada en Barcelona. El valenciano ya no es promesa, sino una esplendorosa realidad.

Parrita tuvo la suerte de que le tocara el peor lote, y, sin embargo, salió del paso con una paliza de muerte, pero con todos los honores, sin que sufriera merma alguna el gran cartel que tiene en las dos Plazas de Barcelona. Ciertamente tuvo suerte, porque en las dos cogidas que sufrió, pero de una manera especial en la segunda, la cosa era como para irse a la enfermería con la cornada de la tarde.

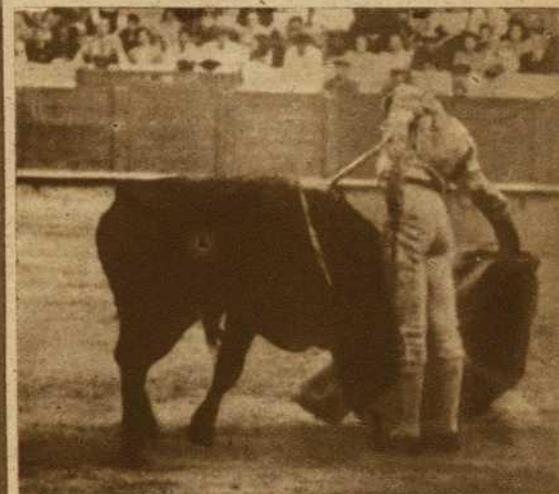
Sus dos faenas de muleta estuvieron faltas de ligazón; pero nos ofrecieron destellos luminosos y una gran dosis de voluntad, que fué premiada con sendas ovaciones y con la vuelta al ruedo.

Aguado de Castro continuó en el mismo lugar que estaba, como uno de los novilleros de más cartel en Barcelona. No pudo repetir la tarde triunfal precedente, pero quedó bien en su primero, el peor de la tarde, y en su segundo pudo sacar la faena. Mató bien y fué recompensado con la oreja.

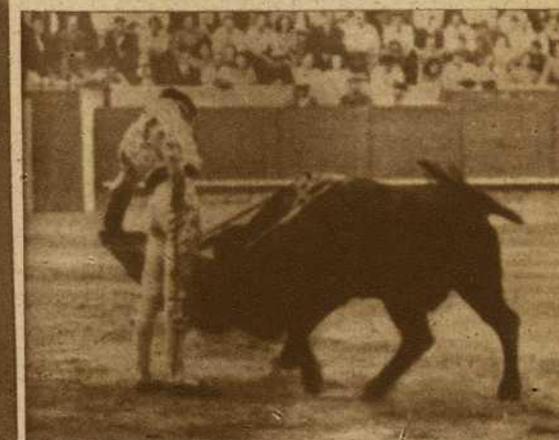
Dé los seis de Escudero, tan sólo el que correspondió en primer lugar a Cortés fué bravo y manejable. Sus cinco hermanitos restantes sacaron un estilo feo, detestable, y pelearon sin alegría. Menos mal que no tuvieron malas intenciones para nadie, pues de no haber sido así, a estas horas estaríamos comentando el parte facultativo de Parrita.



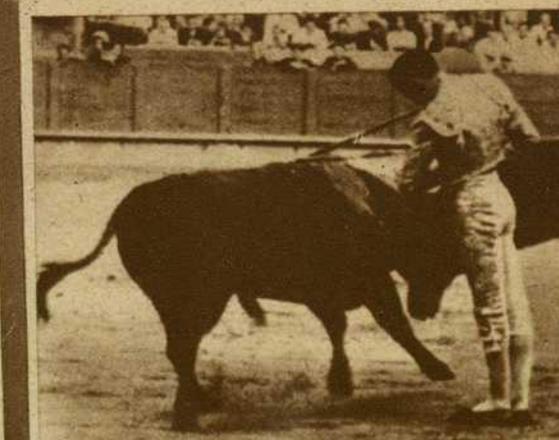
Parrita confirmó en Barcelona su triunfo de Madrid, toreando con valentía y ejecutando pases de pecho con la izquierda



Un natural con la izquierda, temple y quietud en su ejecución, de Aguado de Castro



Aguado de Castro en un adorno con la muleta, después de una serie de naturales



Aguado de Castro en la faena que realizó a su segundo toro, prodigando el toreo con la izquierda



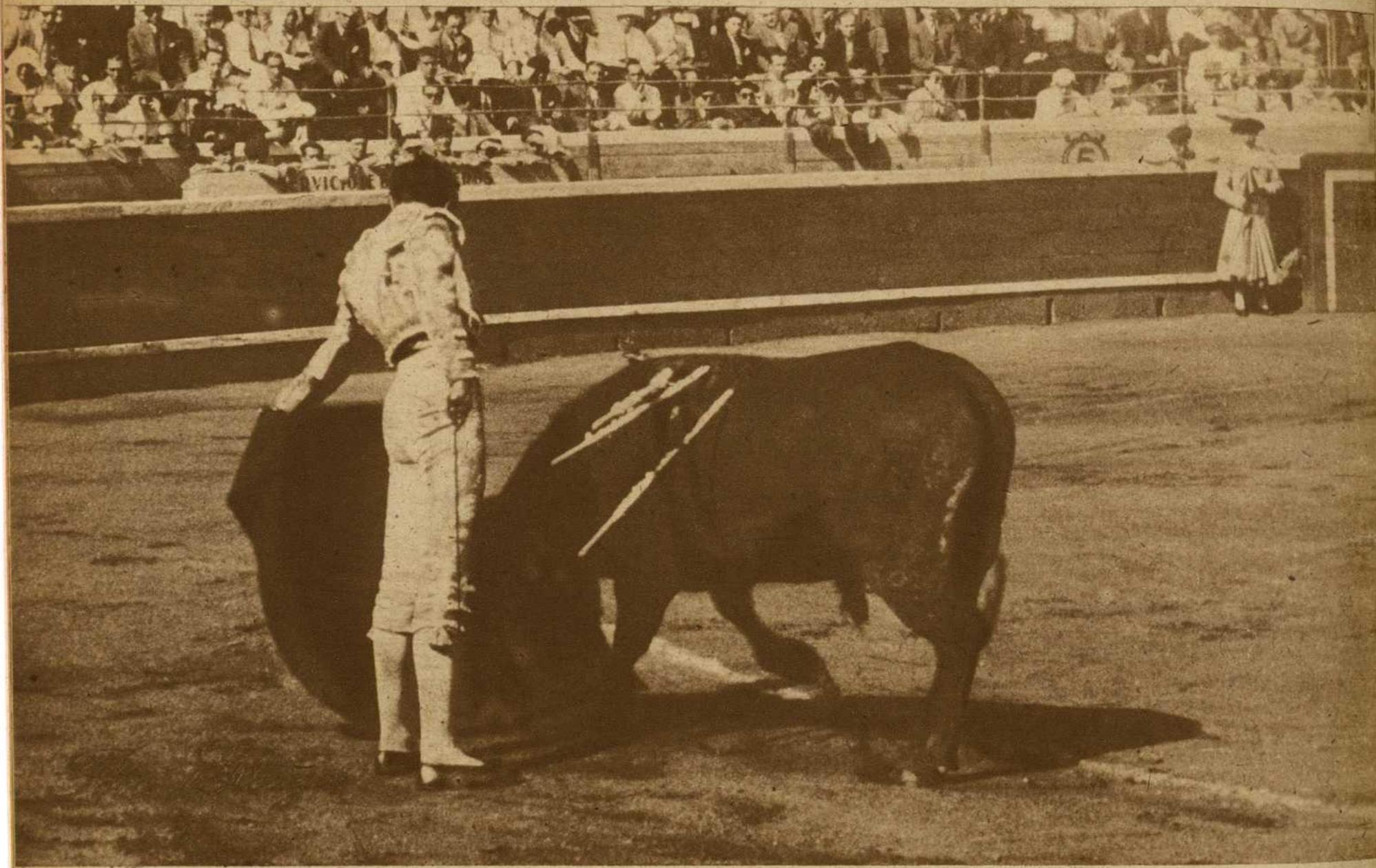
Aguado de Castro saluda al público que lo ovacionó por su faena al quinto toro, del que cortó la oreja.



Manolo Cortés brindando al empresario señor Balaña el toro que le proporcionó tan brillante triunfo

LUIS MIGUEL DOMINGUIN

LA MAS RECIA FIGURA DEL
TOREO CONTEMPORANEO



He aquí en esta foto el arte puro, templado y clásico del toreo de Luis Miguel Dominguín, verdadero continuador de aquellos que a la fiesta española dieron rango e inmortalidad. Luis Miguel Dominguín, poseedor de la vieja escuela taurómaca, inspirado en las enseñanzas de los lidiadores que más sobresalieron en la historia taurina, marcha lento, pero seguro, por los caminos que llevan a la gloria.

Su reciente y clamoroso triunfo en Madrid le ha consagrado, una vez más, como dominador de todas las suertes, y le anuncia, con clarines de apoteosis, como la más recia figura del toreo contemporáneo.

El día 2 del próximo agosto Domingo Ortega apadrinará su alternativa en La Coruña. La afición espera impaciente fecha tan memorable, pues está seguro de que el gran Luis Miguel Dominguín revalidará su fama en proezas inimitables.

El Ruedo



ANTONIO CASERO

EL CAUDILLO asiste a un festival taurino en El Pardo

EL PARDO 16 (Mencheta). Con motivo de la festividad del Carmen, y en una pequeña Plaza, construida provisionalmente en las proximidades de las nuevas edificaciones de la población, se celebró una becerrada, en la que los señores Orgaz y Gil despacharon cinco becerros, siendo muy aplaudidos. El señor Orgaz cortó las dos orejas de su segundo enemigo.

El festival fué presidido por la señorita Carmen Franco Polo, hija de S. E. el Generalísimo, quien hizo acto de presencia, acompañado de su distinguida esposa, mediado el espectáculo, recibiendo cálidas demostraciones de adhesión, simpatía y cariño, pues todos los concurrentes,

lisisimo, quien hizo acto de presencia, acompañado de su distinguida esposa, mediado el espectáculo, recibiendo cálidas demostraciones de adhesión, simpatía y cariño, pues todos los concurrentes,

brazo en alto, le aclamaron durante varios minutos.

Con el Caudillo y su esposa asistieron también los jefes de las Casas Civil y Militar de Su Excelencia, ayudantes y otras personalidades.

Orejas a PEPE MARTIN VAZQUEZ en Vélez

LUIS MIGUEL DOMINGUIN ESCUCHO PALMAS

VELEZ MÁLAGA 16 (Mencheta).—Se ha celebrado la tradicional novillada de la feria del Carmen, lidiándose cuatro novillos de Conradi por los diestros Luis Miguel Dominguín y Pepe Martín Vázquez.

Presidió el gobernador militar de Málaga, general Baturoné, ocu-

pando también el palco presidencial varias señoritas ataviadas a la andaluza.

Primero.—Luis Miguel lancea con quietud, aplaudiéndose. Dos varas y un reflonazo y dos pares y medio de banderillas. Dominguín trastea con pases de efecto al bicho, que resulta marote. En cuanto consigue igualar, se finiquita de un pinchazo, media y el descabello, al primer intento. (Palmas.)



Segundo.—Pepe Martín Vázquez lancea superiormente. También se luce Dominguín en un quite. Tres varas y dos pares y medio. Pepe Martín Vázquez comienza con dos pases por alto, muy quieto, y sigue con otros estatuarios, ovacionándose. El resto de la faena, a base de pases de todas las marcas, entusiasma también al público, y mata de una estocada, que hace doblar sin puntilla. (Gran ovación, dos orejas, vuelta y salida a los medios.)

Tercero.—Huye de los capotes, y a fuerza de bregarle Dominguín, consigue que tome las varas reglamentarias. Mal banderilleado, pasa a manos de Dominguín, quien trastea inteligentemente. Mata de dos pinchazos y media caída, rematando el puntillero.

Cuarto.—Martín Vázquez capotea con arte y gracia, por lo que se le ovaciona. Hay dos varas y dos pares y medio. Pepín brinda al gobernador militar, y realiza una faena muy pinturera de pases variados, que se jalean. Despacha a la res de media estocada, y hay una ovación, petición de oreja y salida a los medios.

El promedio del peso de los novillos, en canal, fué de 215 kilogramos.

Reaparición de MANOLETE en La Línea

BARRERA y el cordobés

cortaron orejas

PEPE DOMINGUIN fué muy aplaudido



Manolete



Barrera

Paco González, Parrao y El Estudiante II en Linares

LINARES 16 (Mencheta).—Se lidiaron novillos de don Adrián Caballero, por los diestros Paco González, Parrao y El Estudiante II, de Córdoba.

González Parrao, en su primero, estuvo bien con la capa, regular con la muleta, y con el estoque señaló tres pinchazos y el descabello.

En su segundo, se lució con la capa y muleta, matando de tres pinchazos, una entera y el descabello.

El Estudiante II estuvo desconfiado con sus dos enemigos, y con el estoque tampoco tuvo mucho acierto.

Los novillos pesaron 125, 179, 167 y 119 kilos, respectivamente.

CHICUELO, CASADO Y DEL PINO en un festival en San Fernando

SAN FERNANDO 16 (Mencheta).—Reses de Casado, que cumplieron, para Chicuelo, Paquito Casado y Miguel del Pino. Festival taurino con vacío desconsolador.

Chicuelo, en su primero, trasteó a la defensiva y entró cuatro veces a matar lealmente. (Pitos.) En el cuarto, nada con el capote ni con la muleta, para media estocada y dos medias más defectuosas. (Pitos.)

Casado, en el segundo, dió unos lances aceptables. Faena inteligente y de cerca. (Ovaciones.) Un pinchazo sin soltar y media estocada. (Oreja.) En el quinto dió unos lances valientes; colocó dos pares y medio de banderillas. Faena lucida, para una estocada saliendole la punta del acero por los castillares. Terminó descabello.

Miguel del Pino, en el tercero, veroniceó superiormente. Se le ovacionó en los quites. Trasteó de cerca y lucido para media estocada, descabello y el segundo golpe. (Ovación.) En el último lanceó valiente. Se ovacionó a Casado en unos quites magníficos, y Del Pino realizó una faena breve y valiente. Terminó de dos pinchazos y una estocada entera.

Manolete, que reaparece después del accidente automovilista que sufrió, y José González, Dominguín, que sustituye a su hermano Domingo.

La Haza registra un lance y preside el comisario de Policía, don Víctor Quero. Las cuadrillas hicieron el pase entre ovaciones, teniendo que acudir los tres diestros desde el centro de la Plaza.

Primer lance.—Barrera lancea bien. (Palmas.) El toro es tarde en varas, recibiendo tres puyazos. Barrera, Manolete y Dominguín son ovacionados en quites. Dos medios pares y un par de banderillas. Barrera, al hilo de las ablas, empieza la faena con un pase de rodillas, y repite con otro. (Ovación.) Ya en pis, toro por alto, en redondo y naturales, entre ovaciones. Torero y con arte, da unos muletazos formidables de rodillas, adornándose, tocando los pitones para hacer pasar a la res. Cambia al toro de tercio con el pico de la muleta, registrándose otros buenos muletazos. Un pinchazo bueno. Más pases, que se aplauden. Dos pinchazos más y agarra una estocada que hace rodar sin puntilla. (Ovación, petición de oreja y salida a los medios. Pitas al toro en el arrastre.)

Segundo.—Manolete lancea ciego ovidio, pero se le aplaude. Hay dos varas y otra más, saliendo ruído el toro. Otras tres varas, que se aplauden. En quites se ovaciona a los tres espadas. Tres pares de banderillas. Manolete empieza su faena con un pase por alto, quieto. Sigue con dos naturales y uno de pecho, estupendo. (Gran ovación.) Uno en redondo y cinco naturales, inverosímiles de valor y arte, continuando las ovaciones. Otro de pecho. Un pinchazo hondo. El toro cae y se vuelve a levantar. Dos intentos, acertando en el último. (Ovación.)

Tercero.—Dominguín lancea y oye una ovación. Cinco varas, marcando varias veces los picadores. Tres buenos quites de los matadores. Dominguín banderillea y coloca un par de poder a poder, formidable. (Ovación.) Cae de igual forma, inmejorable. Repite con el tercero, al hilo de las ablas y termina en el centro, después de jugar con el toro. (Ovación y música.) Dominguín brinda al público y realiza una faena cerca y valiente, intercalando dos naturales, que se ovacionan. Dos pases de rodillas, cogiendo los pitones. (Gran ovación.) Más pases, cerca y valiente. Un pinchazo y una estocada. (Ovación y petición de oreja, con salida a los medios.)

Cuarto.—Barrera da seis lances buenos. (Palmas.) Cuatro varas. Barrera, Manolete y Dominguín se lucen en quites, especialmente el último. Tres pares de banderillas. Barrera hace una faena con pases de todas las marcas. De rodillas, da varios muletazos muy buenos, entre ovaciones. Después, varios naturales, y coge los pitones a la res para hacerla pasar. (Ovación.) Hace alarde de su valor, otra vez de rodillas, volviendo la espalda al toro, entre una gran ovación. Media estocada, dos intentos y el descabello. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Quinto.—Manolete lancea bien, siendo ovacionado. Toma tres varas, y el toro se cae en uno de ellas. Dominguín hace un buen quite por chicuelinas, luciendo también Manolete y Barrera. Dos pares de banderillas. Manolete brinda al público y muy quieto, da un pase por alto, y luego otros dos, que se aclaman. Sigue por molinetes y naturales, no cesando las ovaciones. Hay pases de todas clases, que se jalean. Entra cerca y valiente y agarra una estocada saliendo cogido aparatadamente, pero,

afortunadamente, a consecuencia de un error, se descomponen. Descobello al primer golpe. Ovación enorme. Orejas y vuelta al ruedo. Sexto.—Dominguín lancea bien. (Ovación.) Cuatro varas. Un quite bueno de Dominguín. Tres pares de banderillas. Dominguín hace una faena cerca y valiente e intercala varios pases de distintas marcas, cogiendo los pitones para hacer pasar a la res. Un pinchazo, estocada y descabello. (Ovación.)

Los reses lidiados en la corrida de hoy pesaron 208, 223, 225, 243, 199 y 220 kilos, respectivamente.

En Valencia fueron desencajonados los toros de las diez corridas de feria

VALENCIA 16 (Mencheta).—Con la Plaza casi llena se efectuó esta tarde el desencajonamiento de los 72 toros que han de lidiarse en las diez corridas de feria.

El espectáculo ya de por sí poco distruido, tuvo una extensa duración a causa de haberse invirtido una hora larga en la conducción desde el ruedo a los corrales de uno de los toros de Sánchez Cobaleda, que se resistía a seguir a los cabestros, en cuyos trabajos hubieron de intervenir, con gran riesgo, todos los mayores de las ganaderías concurrentes que se encontraban en la Plaza.

En lances generales, el ganado para la feria acusa buena presentación, destacando sobretodo la

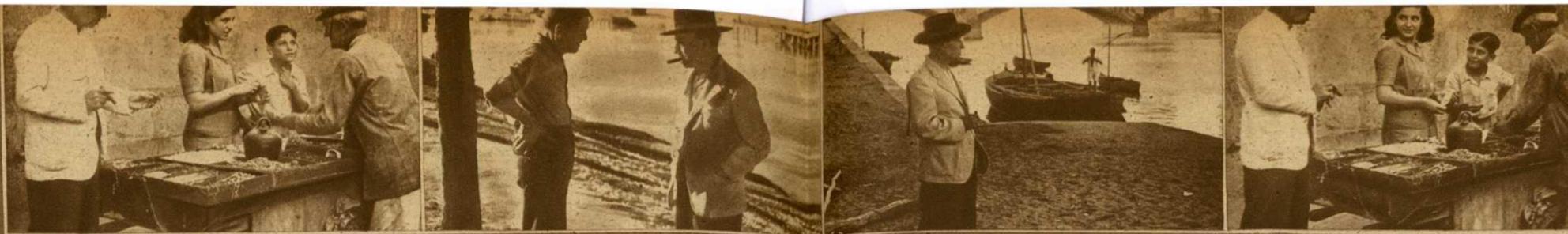
magnífica estampa de las seis reses de don Carmen de F. d. d. (antes Murube), de Sevilla que han de lidiarse en la primera corrida, señalada para el día 21, por Ortega, Belmonte y Manolete.

También gustaron por lo grande e igual a los toros de don Vicente Charro y don Vicente Muril, llamando la atención, como de costumbre, los de Pablo Romero y Miura.

Los mayores de las citadas ganaderías saludaron desde el ruedo ante los aplausos del público.

En un intermedio la Empresa sortó seis abonos de las susodichas corridas.

Al fin del espectáculo, ya con luz artificial, se disparó una traca.



Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael El Gallo

EL SIGLO ACABA Y EL ARTISTA EMPIEZA



VI

M se quedó mirando a Rafael sin saber qué decir. El continuaba impávido, saboreando su cigarro; mirándose a su vez. En sus ojos parecía brillar una lucecita burlona que saltaba a la comba con mi asombro. José Ignacio Sánchez Mejías, en cuya finca de Pino Montano habíamos almorzado, me guiñó un ojo:

—Dígame usted, dígame. Al tiito no le han echado más que cuatro toros al corral. Es que la gente fantasea mucho.

Pero la verdad no tiene más que un camino—sentenció El Gallo.

—Falta saber si vamos por él—dijo yo, que estaba valiente.

Y José Ignacio intervino otra vez:

—Mire usted: lo de los toros al corral es otra de las muchas exageraciones que se cuentan del tiito.

—Sin embargo, cuatro toros, me parecen pocos toros.

—Pues ponga usted cuatro y medio—dijo el interesado—. Pero de ahí no paso.

Me pareció que era inútil insistir de momento sobre el tema y preferí dejarlo para mejor ocasión.

—¿Recuerda usted la tarde de su presentación en Madrid?

—¡Ya lo creo! Apunte usted la fecha: 24 de junio de 1899.

El siglo acababa y el torero empezaba. Tarde de novillos, víspera de corrida grande. En los carteles, Rafael Gómez, Gallito y Algabéño chico, «nuevos en esta plaza». Comentarios en los cafés: «Dicen que están bien esos chavales»; «Como que les viene de casta»; «El Rafaelito es hijo de Fernando, El Gallo». «Y que aseguran que sabe de toros más que su padre». «Entonces tiene que ser una cosa grande».

Coches de punto y tranvías con jardinera. Los picadores, con el monesabio a la grupa, suben por la calle de Alcalá. Los curiosos se paran en la acera. Unas muchachas van en un «simón» descubierto y adornado con mantones de Manila. Llevan peineta corta, mantilla blanca y flores en el pelo. Los hombres se cubren con aquellos sombreros de paja que todavía llevan algunos recalcitrantes con el orgullo de las convicciones arraigadas. Los vecinos están en los balcones, contemplando sin demasiada curiosidad un espectáculo que han visto demasiadas veces.

—Bueno; pues vamos a ver qué pasó en la novillada de su presentación en la capital de España.

—Pues pasó que estuve bien. Ya ve usted si estuve bien que el crítico de *El Imparcial*, aquel que firmaba «N. N.», dijo que la fiesta había sido «cosa mayor». Me aplaudieron mucho, pero lo mejor es que la mayor ovación no me la dieron a mí.

—¿Le ganó el tirón Algabéño chico?

—No es eso. Algabéño, que iba por delante en el cartel, había matado el toro que rompió plaza no muy lucidamente, si es que hay que decirlo todo, y ahí acabó su actuación, porque en su segundo, a la salida de un quite, fué cogido y se lo llevaron para dentro con un puntazo en la pierna. Por esta razón yo tuve que despachar cinco novillos aquella tarde.

—Buena prueba para un debutante.

—¡Bah! Me los quitó encima como el que lava. Estaba yo muy puesto, y los bichos, que eran de la viuda de Concha y Sierra, resultaron todos ellos pequeños y blandos. Claro que con ese sentido del tamaño y de la blandura que se estilaba entonces...

—Es que han cambiado mucho las cosas.

—Como que hoy el toro, o el torito, es un inocente químico. Se produce por medio de fórmulas y matemáticas y se llega al animal exacto, al animal toreable cómodamente.

—¿Y eso está mal?

—Eso es el curso de las cosas. Todo evoluciona. En el toro ha evolucionado el toro, ha evolucionado el torero y ha evolucionado el público. ¡Qué diferencia entre los espectadores de mi juventud y los de ahora!

—¿A favor de quién?

—¡Hombre, no me pregunte usted esas cosas! Ya le contaré cosas de los públicos de antes. Si le puedo anticipar que el aficionado antiguo iba a ver al toro, entendía más de toros que de toreros. Una buena vara se estimaba más que un quite. ¡Como que a veces nos chillaban porque metíamos la capa para adornarnos entre puya y puya! Al toro se le lidiaba para torearle después o simplemente para prepararle a bien morir.

—O a mal morir.

—De todo había. Y una estocada en su sitio se premiaba con más calor que una faena buena.

—¿Y usted cuándo hubiera preferido torear; en aquellos tiempos o en éstos?

—En éstos, sin vacilar. Pues así que no va diferencia! El público ya no tira cosas; el toro es chico y sin intenciones perversas. Se cobra por miles de duros. ¡Ay, si yo tuviera veinte años, la que armaba!

—Ya la armó usted.

—Eso. A mí me han sacado en hombros y me han besado la calva. Pero también me han tirado piedras. Conque, ¡vea el amigo cómo las gastaban antes!

—¿Y dónde le han tratado a usted peor?

—No me lo recuerde, que se me ponen los pelos de punta.

—¿Qué pelos?

—Los pocos que aun tenía entonces. Fué en... Bueno, se lo diré a usted, pero usted no lo diga. Ya es cosa pasada. Me dió el nombre de una localidad del Norte de España, más cerca de San Sebastián que de Bilbao.

—También en San Sebastián me dieron lo mío, pero lo del... otro sitio no se me olvidará mientras viva.

—¿Tan mal estuvo usted?

—El que estuvo mal fué el público, porque uno bastante tiene con que no le salgan las cosas bien. ¡Pero aquellos bárbaros!

—No me va a decir que le quisieron asesinar.

—Poco menos. Me tiraron al suelo, me pegaron, hasta con piedras me dieron en la cabeza... Ya ve usted cómo las gastaban en algunas plazas. Aquello no eran hombres, eran fieras lanzadas contra un ser indefenso.

—Indignante.

—De modo que dígame usted si no se me ha de caer la baba con estos públicos de hoy, que en cuanto un chiquillo hace así con el capote, se rompe las manos de aplaudir y le hace rico en una temporada.

—La chiquillo era usted cuando se presentó en Madrid, que era donde estábamos. Algabéño se había ido para la enfermería y usted se quedó solo en la plaza.

—Los bichos se dejaron torear, menos el quinto, que se declaró francamente manso, por lo que fué tostado. Cumplíen con la caballería, y en los demás tercios no ofrecieron grandes dificultades para mí, que iba con ganas, como es natural. ¡Ah! era nada! ¡Triunfar en los Madriles!

—¿Y triunfó usted?

—No digamos que fué una tarde apoteósica, pero, vamos, no estuvo mal la cosa para empezar. Y eso que el mismo bicho que cogió a Petit Algabéño...

—¡Ah! ¿Le llamaban Petit?

—Sí. Entonces influía extraordinariamente la moda parisién y lo del «petit» se llevaba mucho para todo, lo mismo para ponerle título a un local de espectáculos, que para bautizar artísticamente a una cupletista, que para nombrar a una obra de teatro. El mismo bicho, digo, me revolvió a mí y ahí pudo terminarse la corrida, pero no me hizo nada. Me tocaron mucho las palmas, aunque, como ya le he dicho, la mayor ovación no fué para mí.

—¿Para quién?

—Para Lagartijo, que asistió a la corrida y que era entonces el amo.

—Algo así como lo que sucede ahora con Manolete.

—Algo así. A mí me aplaudieron y me festejaron mucho. El porvenir se abría. Yo era un torerillo alegre y adornado; me lucí en la brega y en los quites y con la muleta.

—¿Y con el estoque?

—Ahí le esperaba yo, porque siempre me anda usted buscando las coquillas. Maté dos toros, el cuarto y el sexto, como mandan los cánones, con guapeza, decisión y brevedad. Aunque le digan otra cosa, yo he matado muchos toros muy bien.

—Nadie lo discute. Unos bien...

—José Ignacio terminó la frase:

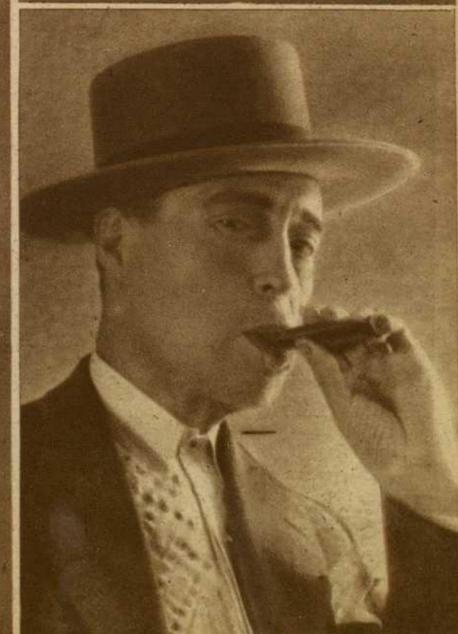
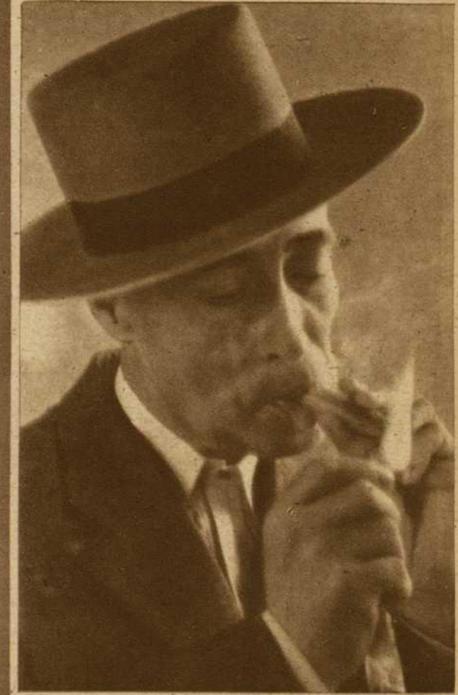
—Y otros ni bien ni mal.

—El Gallo no se conmovió. Dijo sólo:

—De esos, cuatro nada más.

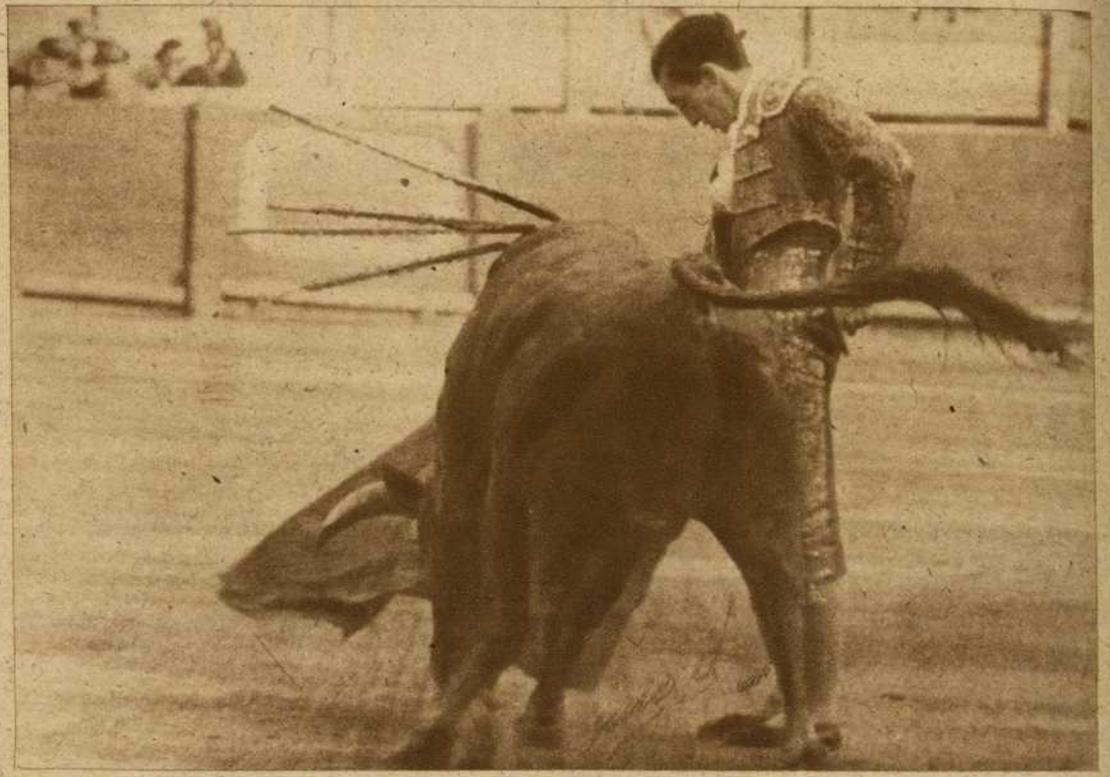
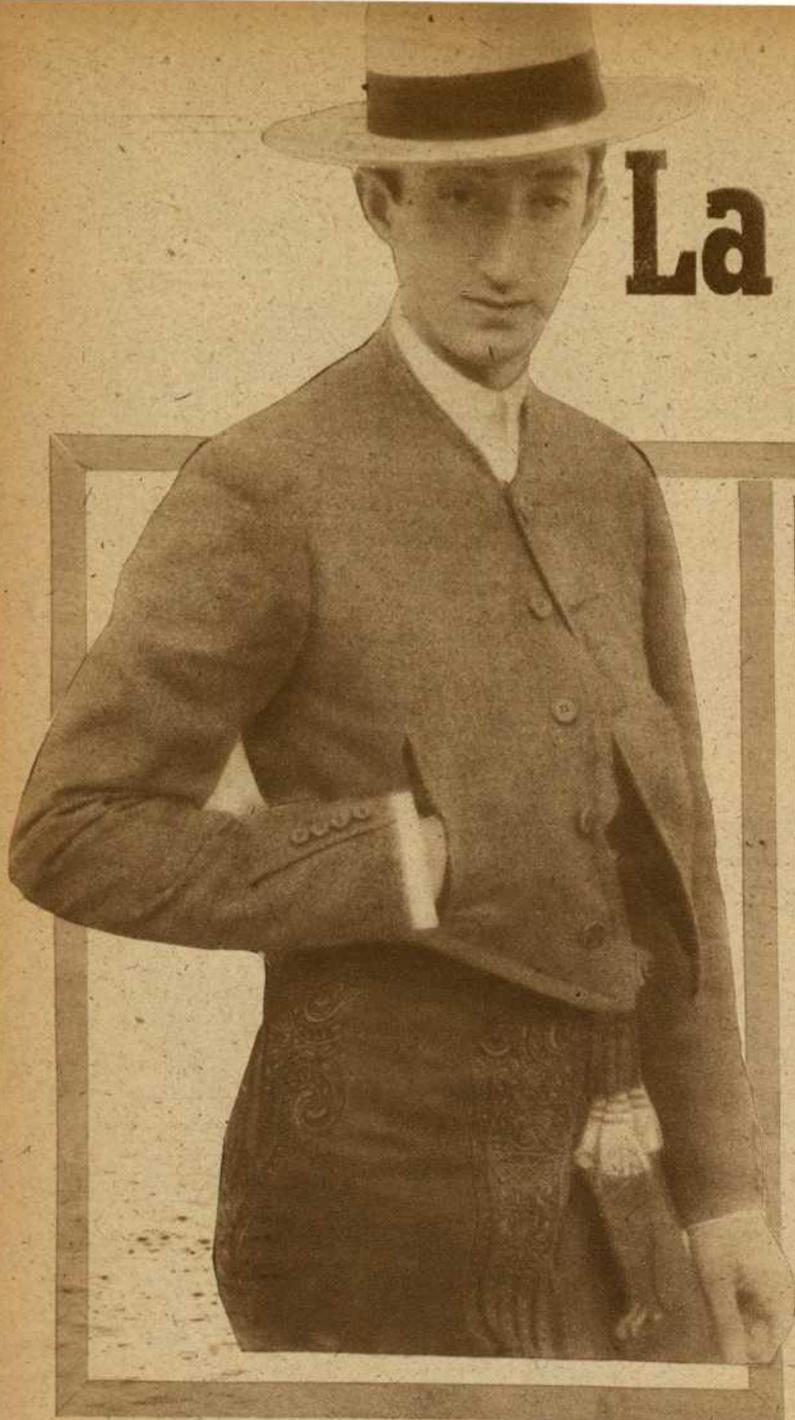
(Fot. Luis Arenas)

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



La hora de Córdoba

Por JOSE MARIA PEMAN



dio y ciertas pecaminosas languideces de tango y *matesito*.

Había el peligro de que nuestro juvenil clasicismo, nuestra revolución autoritaria, hubiera comprendido bajo una frívola condenación de «casticismo»

a la que, en su epígrafe al lado de la cara del cordobés, acaba de llamar «nuestra fiesta racial».

Afortunadamente no ha sido así, y en esa sola denominación ha sido justiciéramente apreciado todo el volumen y extensión de nuestra fiesta.

Es ésta, efectivamente, tan «racial», tan maravillosamente nacida de nuestras entrañas de pueblo y sincronizada con nuestros vaivenes, que se podría decir que ella se adelantó a «ponerse al día» y a ofrecer el estilo y modo que requería su incorporación a la actual postura española. Habría que estudiar alguna vez con más detenimiento esta adaptación y sincronía de la fiesta con los vaivenes nacionales; este reproducir sucesivamente, como un espejo, el aire y semblante de cada hora de España. Ese balanceo que ha sido toda nuestra Historia, entre horas clásicas, de perfil romano, y horas románticas, populares, de perfil moruno—este turnar de Reconquistas e Imperio; de Independencia y Despotismo ilustrado; de Democracia y Dictadura—, parece que ha ido reflejándose en la vegetal y espontánea creación artística de los ruedos. Caballeresca y cortesana en la hora de los Austrias; sobria y neoclásica en la época de Pedro Romero, como para que un Moratín le dedicase versos pindáricos; popular, desgarrada y goyesca, en los días de la «francesada»; casi parlamentaria, liberal y ruidosa en los años de la pugna de *Joselito* y Belmonte, parece que ha ido nutriéndose de todos los jugos de la Patria y que ha ido haciéndose a medias, entre el ruedo y las gradas, con un conformismo representativo y nacional.

Por eso, cuando llegó esta hora sobria y difícil, hora de clasicismo, rigores y exigencias, le tocó su momento a Córdoba, la senequista, la romana. A la escuela cordobesa le tocó ahora dar su más airosa y dorada espiga, como a su tiempo dió su fruto la rondeña y la sevillana su flor. *Manolete* juntó los pies, irguió el busto, apretó la expresión, dió «naturalidad» a lo difícil y se ofreció, hecho rigor y

estatua, a la exigente mitología del frontispicio de *Arriba*. Siempre quedará, naturalmente, la levadura celtíbera de España, la de las horas populares de la independencia, gruñendo mal contenida entre los perfiles romanistas del torero cordobés, recordando con morbosa nostalgia nombres pretéritos, comparando y tasando precios de localidades y kitos de toros. Pero ello es que el alto y airoso cordobés ha dado el tono a una hora y ha realizado un acto salvador y merítísimo colocando su estilo en fila con todos los rigores y clasicismos de este momento.

Después de asistir a una representación del *Macbeth* en el Teatro Nacional, de presenciar una geométrica concentración de masas, de leer una exacta página de Montes o de Sánchez Mazas, es a *Manolete* a quien había que ver torear.

Tenia que ser ésta la hora de Córdoba. Porque no se olvide que si la patilluda y morena cara de *Frascuelo* podía servir de modelo para pintar «al Empecinado», para esculpir el noble perfil del Gran Capitán hubo de recurrir Mateo Inurria a la máscara de *Lagartijo*.



LA aparición de la faz enjuta y entristecida de *Manolete* junto a la cabecera del diario de Madrid más representativo del joven y clásico régimen nuevo de España, tiene una significación tranquilizadora. El torero de Córdoba rompe la línea frontal de

Arriba, asoma su cabeza angulosa y se instala allí, ya con aire de romano medallón, en fila con los generales, jefes y poetas que, cada día, adornan de una mitología civil aquella clásica cornisa.

Así debía ser. Estoy seguro de que esta inclusión de la efigie de *Manolete* no se ha hecho descuidada ni frívolamente, sino con entera conciencia de su calado y significación. Toda postura autoritaria y clásica en un Estado nace con un previo y justificado recelo hacia todo colorismo casticista, típico: en definitiva, democrático y populachero. Todo régimen de esta especie trata de agrupar fuerzas y asegurar perfiles, y necesariamente tiene que taponar todas las delicuescentes evasiones del color fácil. El régimen mussoliniano tuvo, en sus orígenes, una postura agresiva para ciertas tarantelas, acordeones y *fetuchines* que amenazaban desangrar, a la luz de la luna, por el Golfo de Nápoles, toda la energía romana que el nuevo César quería concentrar. Una incipiente postura autoritaria en Argentina bastó para encararse rápidamente con ciertos desgarros, demasiado «gauchos», de la ra-

EL IMPRESIONISMO, EL ARTE PICTORICO Y LOS TOROS A TRAVES DE ROBERTO DOMINGO

Por Mariano S. de Palacios



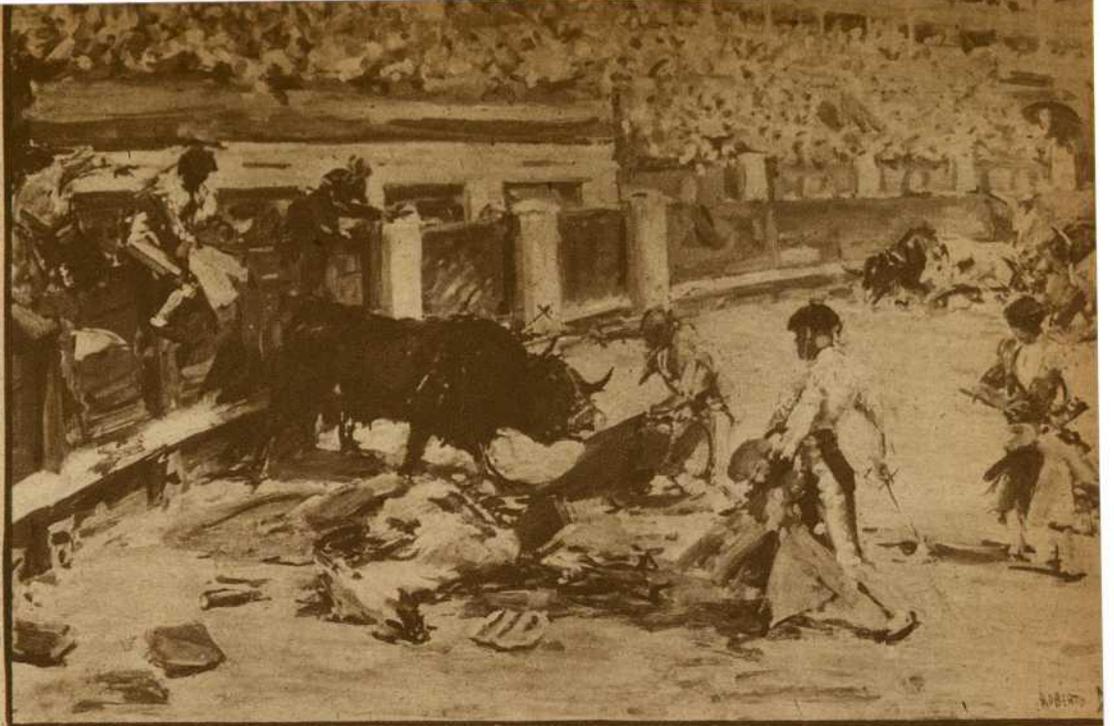
Cuando el genio y la manera de ver y percibir de Goya produjo la «Tauromaquia», nació el impresionismo taurófilo y se ponían los más firmes, sólidos y duraderos cimientos para toda obra pictórica relacionada con nuestra típica y colorística fiesta nacional. Sobre el toro y los toreros, las fases, suertes y maneras privativas de torear, de burlar a la res por medio de un arte tan complejo como intuitivo y a la vez tan personal como independiente.

Roberto Domingo—que heredó de su padre, el gran Domingo Marqués, la sensibilidad pictórica, el hábil manejo de los pinceles y la delicada y sutil

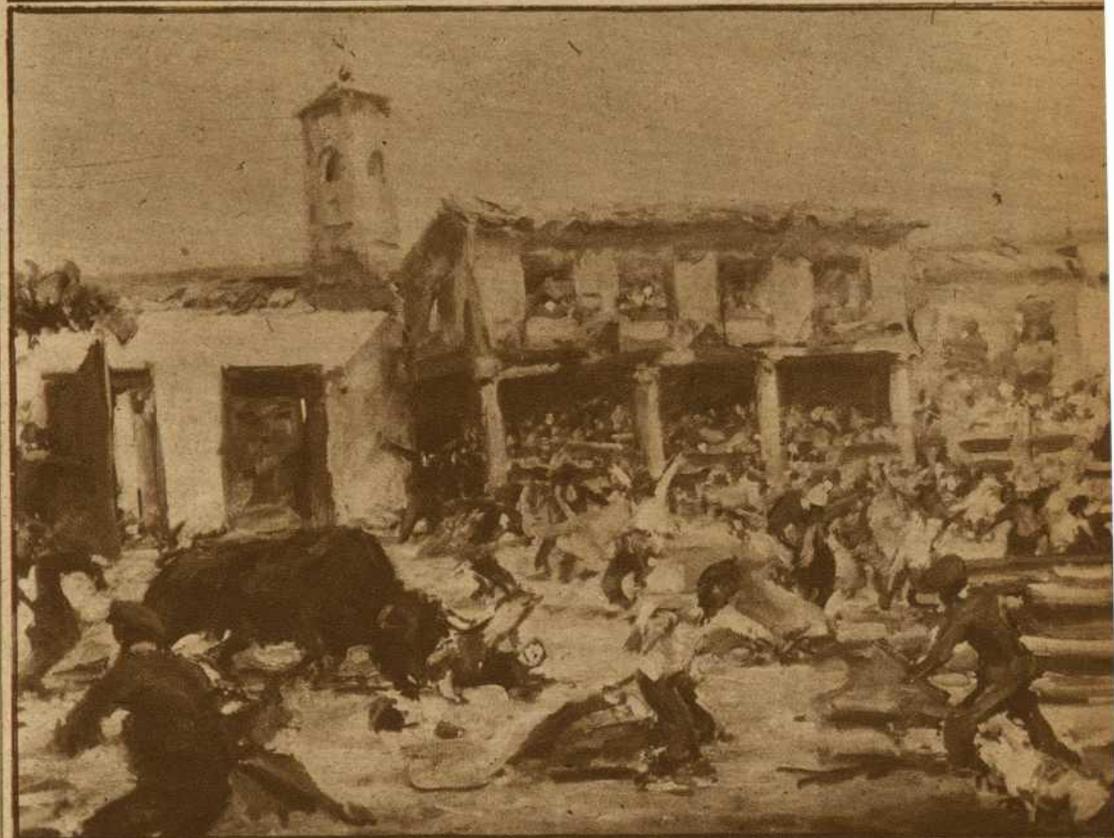
concepción estética de la pintura—es sin duda alguna nuestro primer pintor de toros, o más concretamente, de la vida y suertes del toro. Porque, como hemos dicho antes, movimiento y luz, vida y color, es lo que hay y predomina en la pintura de Roberto Domingo. Una pintura que nos recuerda a la vez la de Sorolla con sus deslumbrantes juegos de luz, con sus irisaciones, con sus reflejos y con la auténtica captación de esa atmósfera, de ese ambiente, de esa luz única e inconfundible que se respira e ilumina el coso taurino.

Y así, Roberto Domingo, con su lápiz o con su pincel, nos da la impresión exacta y certera, hábil y auténtica, de la fiesta típicamente nacional. Porque cuando el artista capta en la plaza, con el lápiz y las cuartillas en la mano, un momento de la lidia, un momento que pasó al papel filtrándose por el tamiz del cerebro, depurándose para ser dos veces arte—el de la faena y el del apunte—, el dibujante no puede retratar, sino reflejar el contenido con el continente, los actores con el decorado, la faena con la luz y la luz con los colores que sin verlos dan la sensación óptica de su existencia, en un trazo, en una línea o en una sombra que descubren lo que no hay y que el artista quiso y logró que existiera. Que esa es la virtud impresionista de Roberto Domingo. Dar vida y movimiento con el lápiz, y lo que es más maravilloso; dar luz, esa luz y ese sol que decíamos antes, que parece que en la plaza de toros tiene una tonalidad distinta, concentrada, exaltada, por así decirlo, de esa luz y ese sol español que en Andalucía y en Levante, principalmente, parece que es oro que, fundido por el calor abrasador, cae pródigo y dadivoso a los campos.

Y del impresionismo a línea, rápido y periodístico, pasamos a ese otro impresionismo colorístico de Roberto Domingo cuando maneja el pincel y juega con los colores de la paleta pasándolos al lienzo, que parece una ventana abierta por la que divisamos el ruedo en plena actividad de la fiesta brava, viril y española. Los toros, quiéranlo o no los enemigos de la fiesta, es arte, en todo, mejor o peor interpretado; pero arte desde que el primer toque de clarín hace salir a los alguacilillos a la arena, hasta que ya la fiera, en su último desfile, cruza vencida el ruedo, arrastrada por el galope de las vistosas mulillas. Arte en todo. Por eso, su propio arte, su propia vistosidad decorativa, había de reflejarse en ese otro arte inmarchesible que es el de la pintura; que no había de captar, que no ha captado todavía, otro u otros espectáculos de multitudes.



“Al corral”, cuadro de Roberto Domingo



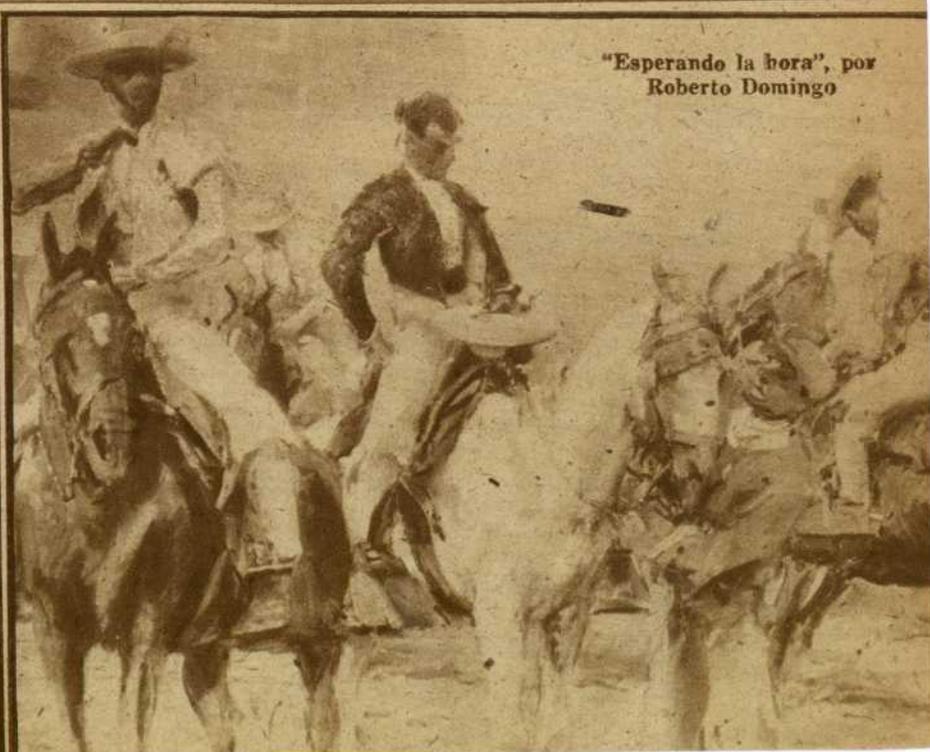
“Capea”, cuadro de Roberto Domingo

Roberto Domingo, pintor de la luz, del ambiente y del color, de la emoción torera genuinamente española, ya dejando día por día que su obra ennoblezca el arte pictórico taurófilo y que sus apuntes, como sus lienzos, sean testimonio de la historia contemporánea del toreo.

“Visperas de la corrida”, por Roberto Domingo



“Esperando la hora”, por Roberto Domingo



La última corrida de la plaza vieja de MADRID



Se celebró el 14 de octubre de 1934 y actuaron

**Antonio Cañero,
Marcial Lalanda,
Cagancho
y Gitanillo de Triana**



El rejoneador cordobés resulto cogido, Joaquín Rodríguez cortó una oreja y Marcial mató el último toro



ERA una mañana de octubre del año 1934 cuando aparecieron en los lugares más visibles de Madrid los carteles anunciando la última corrida que había de celebrarse en la histórica plaza.

Un gesto de hondo sentimiento en la «afición» cuando leía aquellas breves líneas, las que decían: «Última corrida que se celebrará en esta plaza».

¡Muy corta era la leyenda; pero muy largo su sentimiento! Todo había de terminar en aquella plaza para quedar sólo su recuerdo y su historia.

Cañero, Marcial, Cagancho y Rafael Vega de los Reyes, con toros de Trespalacios, eran los encargados de dar el cerrojazo para toda la vida a aquel circo taurino en el que tantas veces fueron discutidas las más calurosas de las pasiones.

Llegó el día de la despedida; la plaza se llenó hasta el tejado, quedando fuera el resto de la afición madrileña, que ansiosa deseaba entrar para darla el último adiós.

Ocho toros fueron lidiados, mientras en la enfermería derramaba su sangre el rejoneador cordobés.

Cañero era curado de una herida.

Llegó la noche; las puertas, ya abandonadas, seguían abiertas como si esperasen la entrada de la terrible piqueta.

Cañero, en su primer toro, después de haber clavado varios rejones y banderillas, vió alcanzada la jaca por la fiera y derribada la cabalgadura ante una gran emoción, sin consecuencias desagradables.

Ya pie-en tierra, Cañero toma la muleta. Al dar un muletazo es alcanzado aparatosamente; en brazos de las asistencias pasa a la enfermería con un puntazo.

Dan suelta al segundo toro; Marcial lo recibe con varios lances, que arrancan aplausos.

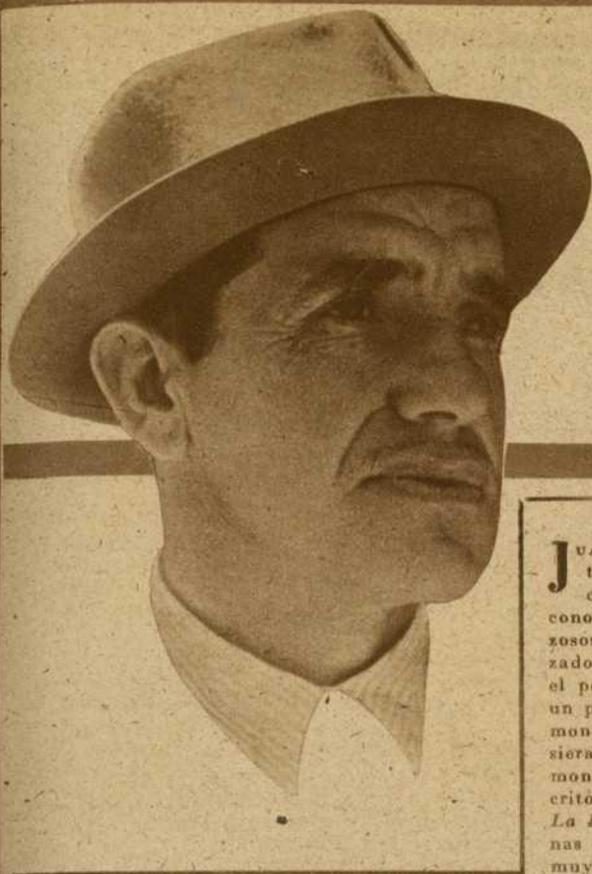
Faena breve e inteligente; no se presta el toro para cuajar faena alguna; con media bien puesta da por terminada su primera parte.

En su segundo toro fué ovacionado; después de realizar una faena de maestro, le fueron concedidas las dos orejas.

Cagancho consiguió en su segundo toro cortar la oreja (última oreja concedida en la histórica y desaparecida plaza), después de realizar una de las más artísticas y valientes faenas de su vida torera.

Rafael de los Reyes no pudo sacar partido del lote que le correspondió, siendo aplaudido en varios magníficos lances de capa.

Marcial pide al presidente autorización para matar el toro segundo de Cañero, que por su percance no había sido lidiado.



JUAN BELMONTE HABLA DEL REJONEO

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Juan Belmonte, como todo gran artista, es indolente y un tanto perezoso. A los que algo se nos alcanza de esto de la pereza, nos alegra mucho el conocer que hay por el mundo muchos hombres perezosos que han realizado grandes hazañas y han alcanzado notoriedad, gloria y fortuna. Los que incidimos en el pecado de la pereza, cuando nos encontramos con un perezoso genial nos llenamos de orgullo. Juan Belmonte es uno de estos hombres. Si Juan Belmonte quisiera podría escribir un libro único. Porque Juan Belmonte, que casi nunca escribe ni cartas, es un gran escritor. Véase su prólogo al libro de don Natalio Rivas *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla*. Es breve, apenas cinco páginas; pero allí se dicen muchas cosas y muy bien dichas. Leyéndolas, no podemos equivocarnos al asegurar que si Juan Belmonte consiguiera salir su pereza, escribiría allá en su cortijo de Gómez Cardoña, buen retiro para llenar cuartillas, un libro único que nadie más que él podría afrontar; ese libro sobre toros que tanta falta nos está haciendo. Un libro de toros escrito por un torero genial. Ahí es nada.

La cuestión de si el rejoneo podría sustituir a la suerte de varas está ahora de actualidad. El amigo Giménez Caballero es su paladín. En *Marcá* han venido publicándose opiniones de toda clase de gente relacionada con el toro. Falta la de Juan Belmonte, y el otro día se me ocurrió preguntarle:

—Y a ti, ¿qué te parece eso de que el rejoneo pueda sustituir a la suerte de varas?

Juan Belmonte se me quedó mirando. Y cuando yo creía que se iba a salir por peteneras, que es una salida muy suya, me contestó en serio:

—Hombre, pues mira: he pensado bastante sobre esto. En el prólogo que escribí para el libro de don Natalio sobre la escuela de tauromaquia de Sevilla dije que si hubiera existido organizada inteligentemente esa escuela, hubiera tenido la misión de ensayar nuevas normas en la fiesta, por ejemplo, esta de suavizar la suerte de pica, que parece es el principal argumento que aducen en su contra sus detractores. Estoy convencido de que la falta de arraigo y extensión de la fiesta de toros en el mundo se debe al espectáculo del caballo indefenso a merced de los cuernos del toro. Que si esto se pudiera evitar, la fiesta de toros, que es una fiesta maravillosa y originalísima, llena de belleza, sería la fiesta predilecta de muchos públicos no sólo de América, sino de Europa, y si me apuras un poco, del mundo entero. Claro está que no creo que esto pueda realizarse de pronto. Estimo que se necesitarían por lo menos diez años para lograrlo. Pero no veo ningún inconveniente que se ensayen las posibilidades del rejoneo como sustitutivo de la suerte de varas. Yo me acuerdo que cuando se empezó a hablar de los petos, todos los elementos que intervienen directamente en la fiesta, ganaderos, toreros y picadores, pusieron el grito en el cielo y dijeron unánimemente que aquello era imposible, que a un toro que se rompiera en un peto no se le podría picar lo suficiente para que el castigo de la puya permitiera luego al torero torrearlo. Y se implantaron los petos, y ahí están. Vete tú a decirles ahora a los ganaderos, toreros y picadores, sobre todo a éstos, que se suprima el peto, y verás lo que dicen. De modo que estimo que no hay ninguna razón para que no se ensaye el rejoneo, a ver qué pasa. Repito que su implantación definitiva, si el ensayo producía resultados satisfactorios, no podría tener lugar sino a largo plazo. Y, además, incluso podría adoptarse el rejoneo sólo para el extranjero, subsistiendo para España la suerte de picar. Buenos rejoneadores no podrían improvisarse; buenos caballos, tampoco; pero ya saldrían. En las dehesas donde pastan toros bravos, todos los caballos están acostumbrados a andar alrededor de los toros, y no costaría gran trabajo adaptarlos para el rejoneo. Lo que sucede es algo de lo que digo en ese prólogo al libro de don Natalio: que ha faltado y falta un organismo oficial que se ocupara de ella. La fiesta de toros apenas ha sufrido transformación desde un siglo hasta hoy. Por ejemplo, todos estamos convencidos de la inutilidad de las banderillas, todos sabemos lo que al toro perjudican y molestan las banderillas y los capotazos que las preparan, y, sin embargo, nadie se ha ocupado de la manera de atenuar o suprimir esos perjuicios. Hace tiempo se intentó algo, unas banderillas largas que al clavarlas se partían, quedando el arpón y un trocito corto de palo; pero aquello fracasó, y nadie se ha vuelto a ocupar de tal problema. Ten en cuenta que no pretendo dogmatizar, sino insinuar una opinión.

—¿Y no crees que con el rejoneo perderían las corridas la emoción del quite?

—No; hoy esa emoción con los petos apenas existe. El matador haría eso que ahora llamamos el quite de la misma manera que lo hace; es decir, en lugar de colocarse a la izquierda del picador para torrear al toro cuando éste suelta el peto, se colocaría a la derecha del rejoneador y le daría los lances.

Además, hay que tener en cuenta otra cosa. El rejoneo como sustitución de la suerte de varas no sería el rejoneo que hoy vemos, en el cual todo se subordina al lucimiento del rejoneador, sino que los mismos picadores actuales rejonearían al toro como hoy lo pican, prescindiendo de florituras y atentos sólo al castigo del toro. Yo he hecho este ensayo en la plaza de Badajoz; los peones corrieron al toro, lo fijaron y yo le clavé tres rejones para ahórmalo, para sangrarlo; tocaron a banderillas, y el matador lo mató. Y vi que esto es perfectamente posible. Lo mismo se puede castigar con el caballo andando que a caballo parado, con una puya que cob un rejón. Estoy seguro de que casi todos los picadores actuales se amoldarían en seguida al rejoneo. Se me podrá decir que el rejón no castiga tanto como la puya, y para comprobar esto es por lo que considero muy útil variar ensayos que nos aclaren esto y otras cosas.

Aun habló bastante más Juan Belmonte; pero creo suficiente con lo escrito para condensar su opinión, valiosísima opinión, sobre el asunto este del rejoneo. He procurado reflejar con toda exactitud sus palabras. Dios me libre de aventurarme al comentario. Consignada queda la opinión del maestro. Y para cerrarla, citaré el párrafo de su prólogo, en el cual se refiere a la necesidad de la creación de un organismo que regule y vigile el desenvolvimiento de la fiesta de toros. Es muy jugoso y expresivo. Es muy Juan Belmonte, este gran escritor malogrado por la pereza:

«El mayor prestigio que se le hubiera dado a la fiesta habría sido tener un organismo oficial que se ocupara de ella. Quizá se hubiera llegado a la creación de una Academia, donde los toreros viejos y retirados — todos los toreros viejos debían ser retirados —, vestidos de chaqué, leerían sus discursos de ingreso y dogmatizarían sobre las normas tauromáquinas, prefiriendo siempre las anteriores. Es posible que entonces la fiesta hubiera pasado las fronteras, transformándose de nacional en universal. Seguramente se darían más lances de capa y menos patadas al balón en el mundo.»



El círculo blanco

Por JOSE VICENTE PUENTE



Antes la Plaza tenía muy bien marcada la línea de "off-side" de los picadores. Era un círculo blanco en muchas provincias y rojizo en esta tierra bendita de Madrid. Pero el ahorro de las Empresas, el aire o lo que sea, hace que los picadores, y no digamos los espectadores, se olviden de ella, porque no la ven. Entre los arenaños y el vendaval que sopla en las Ventas no se nota la circunferencia que señalaba las faltas de los varilargueros. Y así estos buenos señores,

montados sobre los cochonitos florantes de los esqueléticos caballos, se pasan por donde quieren, cruzan, dan la vuelta, hacen eso que se llama la carrioca—bonito modo de dispersanzurrar los toros—, abusan, burlan, hostigan y con quitarse el sombrero y saludar a la presidencia, se quedan tan contentos.

Nadie ha visto despertar tanto las iras populares como a los picadores; se res entre canturos y cochinos, desprecian olímpicamente el grito, el vituperio, el silbido y la bronca. Frente a la masa negra, entregada ingenuamente a la guata, el picador no es un ser nacional. Se le desatan sus pasiones ancestrales, y quisiera, poniendo en tensión de sus músculos faciales hasta el es-trágico, perforar aquella pelambre, aquella carne, aquel esquilto, y dejar clavado el toro contra la arena, como hacen los crueles entomólogos con las mariposas. El día que un picador consiga pasar de lado a lado a un novillito, le veremos reír y sus compañeros le pasearán en hombros. Mientras tanto, contando con la pasividad de los matadores y dirctores de lidia, hurgan en la herida si se les va el toro, le ven a picar, y en cada arremetida noble del toro le dejan puestas cinco o seis picas sin solución de continuidad. Ni una vez hemos visto al picador ser protagonista de la lidia, participo del espectáculo, ser actor. El vive su vida. Sabe a destroz toros. No reacciona ante el aplauso ni ante el insulto. Nada. Pincha y perfora donde puede, y a tra cosa.

Y antes, con ese círculo, que no les permitía salir, se limitaban sus funciones; pero ahora, sin límite, salen y galopan. Como tanques que avanzan protegiendo a la infantería, que se guarece bajo las defensas de guata; los monosabios—cinco, seis, ocho, ¡mil!—empujan al caballo y sujetan al esquelético animal contra la arremetida del toro.

Si el toro pudiera hablar diría, con razón: —¡Hombre, eso no vale! Yo juego contra el caballo y ese señor de la pica; pero ustedes no sujetan. Es una trampa.

Claro que los monosabios, a lo suyo. Por cien puntales de equino o patas suplementarias de repuesto. El toro tiene que tirar a un caballo, a un picador, a un peto y a tres monosabios... Contra eso no pueden ni los toros de antes, esos toros tan grandes, tan grandes, que ya va uno entrando que son exagerados.

No sólo hay que volver a marcar claramente el círculo blanco que frun las aspersiones ecuestres de los "bravos" picadores, sino que los toros deben sufrir del toril con un círculo blanco en el lomo señalando la zona donde pueden recibir las picas; fuera de esta circunferencia no debía de valer, sería como no dar en el clavo, en la diestra. Así, al menos, impediríamos esas batrenas, puñetas en el rabo o en la pata.

Y así veríamos la suerte de picar, con bonitas y tan en el uso hoy, que hasta una discusión sobre si Jones y tal ha caído en el vacío, porque a nadie le interesa. Hoy la suerte de picar es un pugilato—como el de los forzados portugueses, aquellos de las nocturnas—entre diez monosabios, un picador y una vara contra el pobre toro. Y lo demás no interesa, ya que si el caballo se cae, los monosabios le lanzan a las más extraordinarias manobras—y un día les venme sacar un camión con grúa—a fin de levantar el jam lego. Ya pueden estar tomando al lado; ya pueden estropear la lidia; el caso es levantar al caballo, y vaya si lo consiguen! Más de uno han resultado a pulso, y casi cuando las mulillas salían por el toro...

En fin otro día hablaremos más de los picadores, esos excitantes, ajnos de los bandidos, que vuelven epiléptica de ira a la multitud, que nos hacen olvidarnos de las buenas formas cuando pican en el rabo o en la pata o cruzan—caballos de diez arrojadura por la excesiva letura, y escudillas filosóficas—la pica de lado a lado.

Todo esto y más le surgen a uno el repase melancólico de las viejas revistas. Aquellas revistas de "La Lidia", donde después de decir que un picador había narrado se ponía firmemente, sin comentarios entre paréntesis: "Naranjas, almohadillas y guatones."

TEMAS TAURINOS

CUESTION BATALLONA

Por FELIPE SASSONE



Mientras no toque a matar el clarín de mis propias órdenes, por ordenar en lo posible estas divagaciones, sigo banderilleando en mis cuartillas, empeñado en el segundo tercio, que ya hemos de llamar tercer cuarto desde que en mala hora, la de los caballos con peto se ha hecho cuartos la lidia. Me encaro, pues, con la primera de las formas de parecer enunciadas en mi divagación inmediatamente anterior, la suerte al quiebro, y digo que es cuestión batallona porque muchos se empeñan en llamar cambio al lance, tal como hoy se ejecuta, y yo tengo para mí que así se ejecutó siempre desde los tiempos de don Antonio Carmona el Gordito. Los clásicos que se pasan de listos se fían de crónicas antiguas y exageradas, y aun de ojos embusteros de los equivocados que creyeron verlo que nunca vieron, y así juran que el quiebro es sólo de cintura y que se cumplía sin mover los pies, fijos éstos sobre un pañuelo, o metidos dentro de la montera del lidiador o dentro de un sombrero de copa que arrojaran desde el tendido. Pues bien, yo afirmo que al lidiador que sin engaño en las manos pretenda dar el quiebro de cintura con los pies quietos y juntos, cuando no se caiga él sólo al intentar el escorzo, lo echará a rodar el toro de un resoplido. El sombrero de copa o la montera de aquellos pares de leyenda—¡el mentir de las estrellas!—se colocaban en la arena de lado, verticalmente, para que el banderillero metiese en ellos sólo la punta de los pies y sacase uno o los

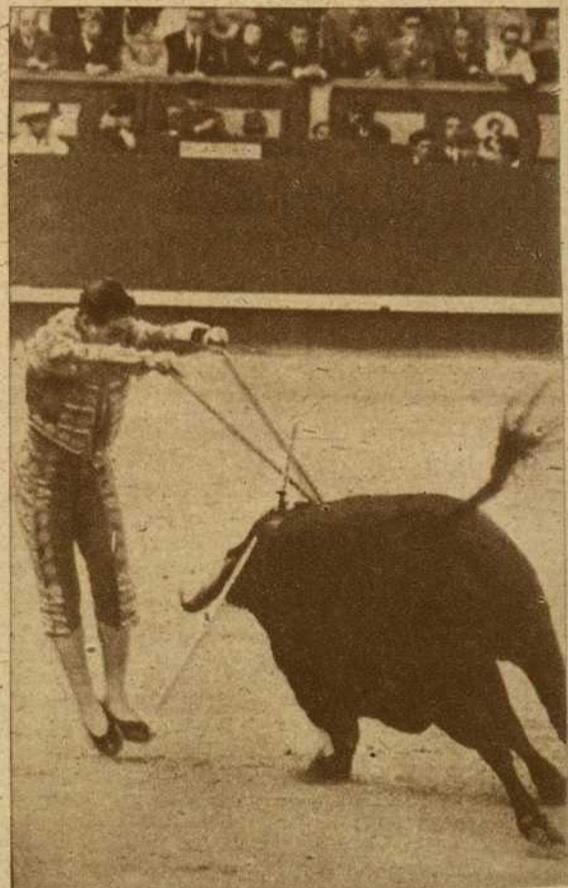
dos para marcar la salida al llegar el toro a jurisdicción. No se concibe una persona con los dos pies metidos dentro de una montera o de un sombrero de copa que pueda sustentarse y no caer. Sencillamente porque no caben los dos pies, aunque sean tan minúsculos como los de *La Cenicienta* del cuento infantil. La montera, el sombrero o el pañuelo se lo ponía a los pies el lidiador para demostrar que no abandonaba su sitio desde el cite último a la consumación de la suerte, y también para indicar cómo había medido bien los terrenos y tras las carrerillas preliminares, acercándose al bicho o alejándose de él, en un ir y venir, para fijarlo, alegrarlo y provocar la arrancada, ésta sólo se producía cuando el diestro se paraba de pronto en el sitio en que había puesto la señal. Pero la suerte se ejecutaba como ahora, abriendo las piernas, sacando la del lado de la salida para marcar ésta y desviar el viaje del toro, y se llamaba quiebro, y no podía ni puede llamarse de otra manera.

Se llama cambio, en lenguaje taurómico, marcar o indicar la salida del toro por un lado y darsela por el otro. En el cambio con la muleta, por ejemplo, se cita como para dar un pase natural, con la salida por la izquierda, y luego, al llegar el toro a jurisdicción, se cambia el lance y resulta un pase de pecho con salida por la derecha. Aquí se ha cambiado también el viaje del toro. En el cite del par al quiebro, completamente de frente al enemigo, el torero no ha indicado salida alguna, y con el quiebro de cintura, que no puede hacerse sin sacar la pierna del lado de la salida para doblarse sobre su apoyo, se desvia el viaje del toro, se tuerce la recta, se quiebra. No hay, pues, en el arte de torear ningún cambio que pueda hacerse a cuerpo limpio y esperando la acometida, cuando no se tiene en las manos un engaño, y hemos de considerar que las banderillas son arma tan sólo y que el banderillero va al toro a cuerpo limpio. Sólo cambia el banderillero su propio viaje cuando corre hacia el toro, y, por alarde de facultades o por fijarlo mejor, va corriendo en zig-zag ya hacia la derecha, ya hacia la izquierda, o cuando, sin haberlo intentado de salida, porque el toro se le venga vencido y le gane el terreno, cambie y mejore éste y clave saliendo por el lado contrario. Hay, pues, pares cambiando los terrenos, y también con los terrenos cambiando, que no son precisamente una misma suerte, y de ello hablaré a su tiempo; pero no hay en banderillas cambio a pie firme; más o menos ceñido, más o menos cerca, cuadrando o sin cuadrar, el par en que se espera, cuando no es a *topacarnero*, es siempre al quiebro, y no es cambio jamás.

El par al quiebro, cuando se ejecuta bien, es de lo más bello de la bella e inútil suerte de banderillar. Pero el practicar sólo dicho lance y no dominar ninguno de los demás, no acredita de buen banderillero. Sin banderillar también al cuarteo, y de frente, y al sesgo, y de todas las demás formas, no se puede llamar el lidiador banderillero completo. Muchos matadores de toros, cuyos nombres sería ocioso y prolijo repetir, banderillaron muy bien al quiebro, por adornarse o por acceder a las peticiones del público, y, sin embargo, no fueron nunca buenos banderilleros.

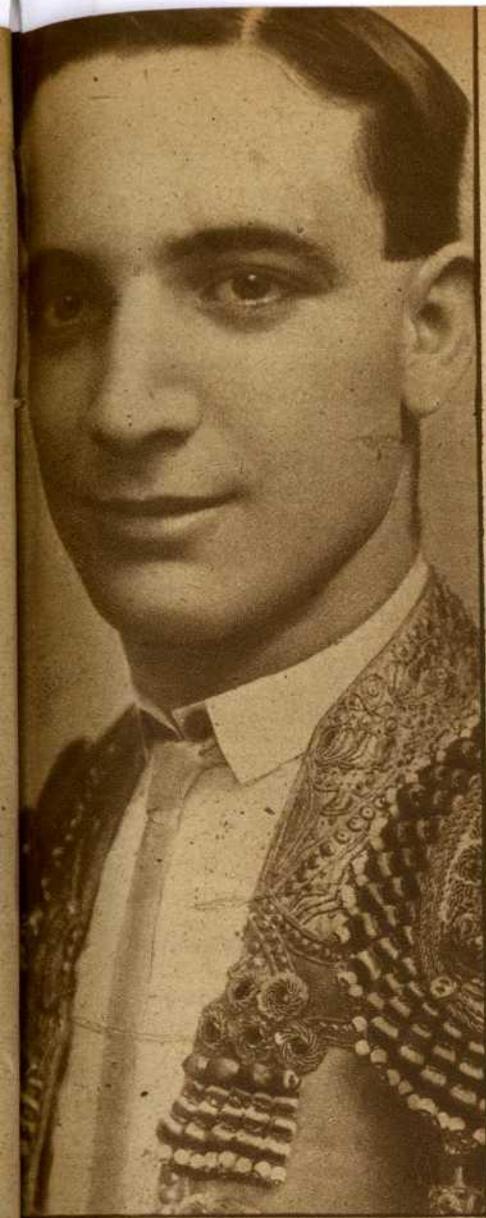
Y nada más por hoy sobre las banderillas al quiebro, que no al cambio, y ved cómo para mí no resulta batallona la cuestión, porque yo no ofrezco batalla.

Podrán salir a llevarme la contraria numerosos taurófilos sabios; tan numerosos como un cardumen de peces o un enjambre de abejas, y hasta de moscas, cuando no trajeran ni sal, ni miel, ni aguijón, y yo, con un profundo respeto, guardaré silencio. Porque yo no discuto de lo que sé, porque no me hace falta; de lo que no sé, porque no me atrevo. Y en cuanto a eso de que de la discusión sale la luz, bueno, si, estoy conforme; puede salir la luz del alba, cuando la discusión se ha empezado por la noche.



GENIO Y FIGURA

De CAMARÁ a don JOSE FLORES



Un retrato de Camaró en la fecha de su presentación en Madrid como novillero



ron de su aparición, que al domingo siguiente volvió a intervenir con Toreri y Vicente Aguilar en la lidia y muerte de seis novillos de la marquesa de Cubas.

Estos éxitos y el obtenido el 4 de abril de 1915 en su tierra natal, con la plaza llena hasta los tejados, le facilitó el acceso a todos los ruedos de España, destacándose por su formidable estilo de banderillar y su facilidad con el estoque.

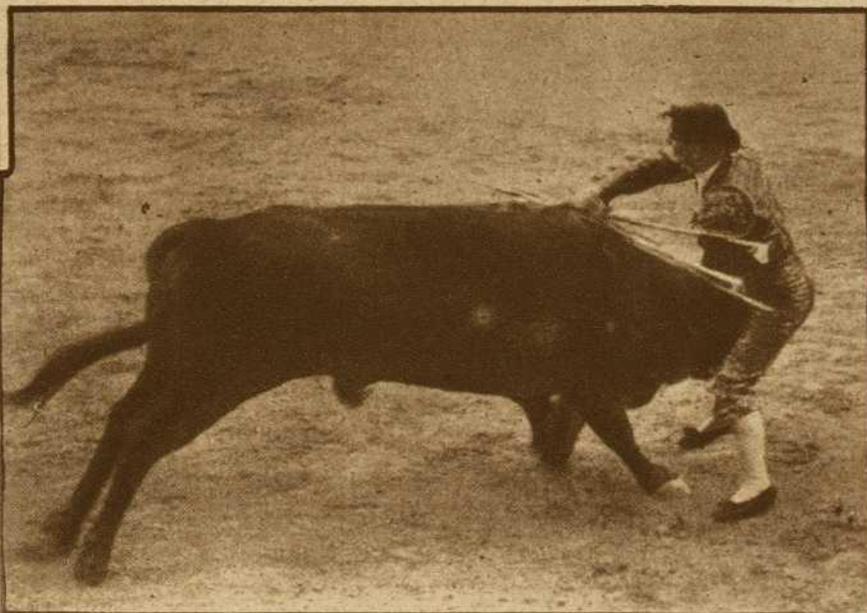
No ha muchos días, caía en mis manos un artículo que sobre la labor de este cordobés escribiera un afamado revistero ya fallecido: «No sé qué alabar más de Camaró, si su valor temerario al perfilarse ante el morrillo de los toros, o la limpieza de su salida por los costillares, al tiempo de quedar el estoque en todo lo alto».

Su presentación en Madrid fué el 2 de septiembre del 17, ante seis buenos mozos de Contreras para Parrao, Emilio Méndez y él, y con decir que cortó una oreja a su primero y las dos del sexto, está hecho su mejor elogio. Los críticos de entonces describieron el escalofrío reflejado en la multitud, al ver fundido en una masa al hombre y la fiera, girando tras la muleta del cordobés, para convertir al poco tiempo la arena en un almacén de sombreros. Aquella tarde de triunfo apoteósico le marcó a Camaró el camino optimista de su vida profesional.

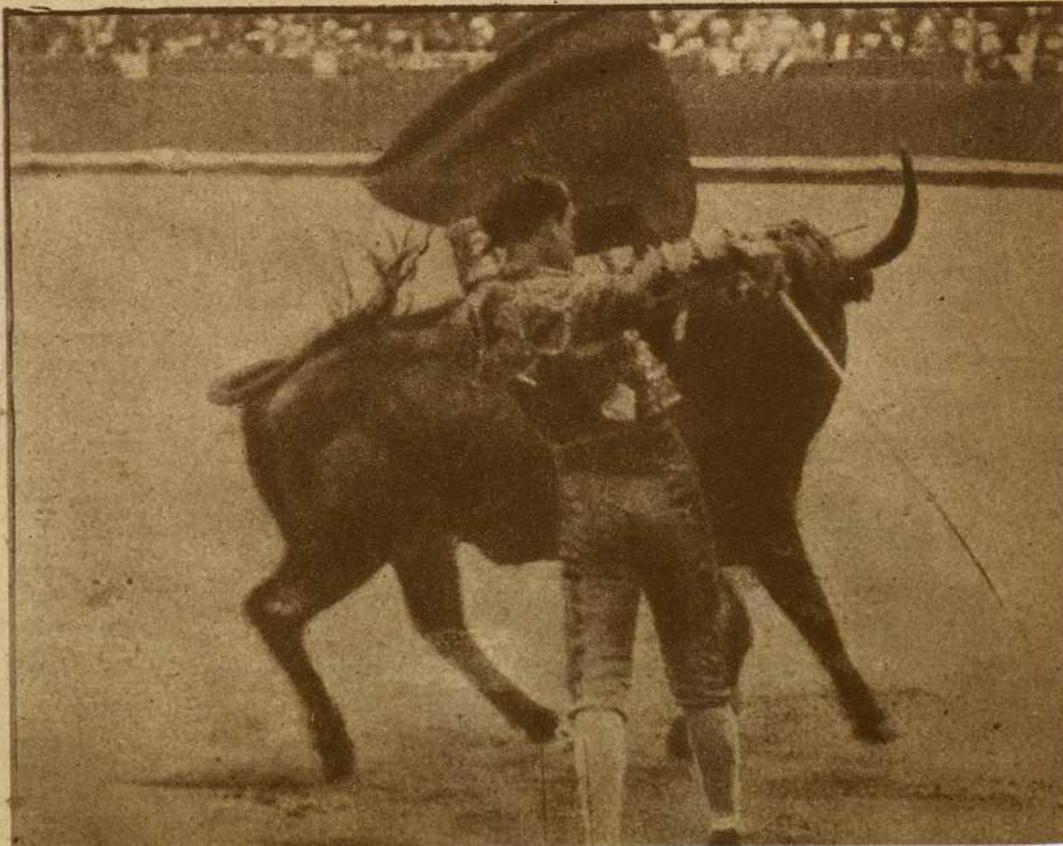
Se doctoró en Madrid, a principios de la siguiente temporada, cediéndole Joselito el toro «Amargoso», que, como sus cinco hermanos, pertenecía a la vacada de Benjumea; la terna fué completada con el torero de Guadalajara, Saleri II.

Durante varios años Camaró no bajó de las cincuenta corridas, y su concurso fué en varias ocasiones solicitado para actuar en corridas grandes, como las organizadas por la Prensa, Cruz Roja, etc. Preciamente en una corrida organizada por esta benéfica Institución, con seis toros de Concha y Sierra y el mismo cartel de toreros que en la alternativa de Camaró, rivalizaron los tres espadas en forma tal, que durante mucho tiempo recordaron los aficionados aquella tarde memorable. Los trágicos sucesos de Annual movilizaron a José Flores, y durante dos años permaneció en filas; cuando volvió a la Península había perdido muchas facultades, y lo que es peor, ese talismán tan necesario que se llama afición. Y ya fué inútil que para probarse torease en 1926 dos corridas: una en Lucena y la última en Córdoba, acompañado de Chicuelo, Niño de la Palma y Zurito, con ocho astados de Nátera; la suerte estaba echada y el astro de Córdoba se había apagado en el firmamento taurino.

En uno de sus recientes viajes salió Camaró para desentumecer las piernas al pasillo del vagón, donde dos viajeros venían haciendo comentarios acerca de las genialidades de Manolete. Como en la conversación salieran a relucir los millones que Manolete llevara percibidos, Camaró, sin darse a conocer, intervino para decir que le parecía un tanto exagerada la cantidad a la que acababan de referirse los compañeros de viaje. Y entonces, uno de ellos, poniendo cara de suficiencia: «¿Me lo va usted a decir a mí, que soy el hombre de confianza de Camaró?» Y Camaró, perplejo, ante la rotunda afirmación de aquel señor al que veía por primera vez, optó por retirarse a su departamento en espera de que alguna vez le sea presentado al hipotético acaparador de su confianza.—F. MENDO



Camaró en una gran estocada en la corrida de su presentación en Madrid.—Abajo: En un pase de muleta en una de las corridas de San Fermín del año 1918



La víspera de la corrida de la Prensa hallábame a última hora de la tarde en la terraza de cierto café de la calle de Alcalá, y al poco pude observar la aparición, primero, de individuos sueltos hasta constituir una abigarrada muchedumbre que se detenía y acosaba a un pacífico señor sentado junto a una mesa no lejana a la mía.

El humano torbellino, integrado por hombres y mujeres, viejos y jóvenes, ricos y pobres, se confundía y agitaba pugnando por adelantarse cada uno a los demás. Allí estaban el creso «estraperlista» y el nervudo jornalero; el hombre de ciencia y el tiznado limpiabotas; el literato y el cobrador del tranvía; la marquesa otoñal y la honorable vendedora de lotería; el hombre de leyes y el fullero; el paleta y el mozalbete «swin»; en una palabra, todos los estamentos de la sociedad estaban allí representados.

Pero, ¿quién era aquel hombre, alrededor del cual se apiñaba aquella gente? Pronto el oficioso camarero lo aclaró todo. El caballero no era otro que el popular Camaró, el apoderado de Manolete, incapaz de satisfacer las exigencias de localidades que para la corrida del día siguiente le hacían.

Y resultaba, ¡que era la misma persona a la que yo venía buscando inútilmente desde hacía tres meses! No pensé más, y abandonando mi cómodo observatorio, cerré los ojos y me sumergí en el tumulto.

Al fin, con los miembros doloridos y a punto de sucumbir por la aglomeración, conseguí llegar hasta la primera fila y convencer al sufrido ciudadano que me siguiera si quería hurtarse a aquel «pandemonium».

De la rápida huida que emprendimos sólo recuerdo que por esta vez me parecieron oportunísimas las señales del tráfico al abrir una barrera entre nuestros perseguidores y nosotros.

Luego, en la penumbra del más recóndito rincón de otro café, pudimos respirar con la fruición de unos libertados.

Camaró, o lo que es lo mismo, don José Flores González, tranquilizado al ver que no tenía ante sí a otro peticionario de boletos, accedió gustoso a satisfacer el cuestionario de preguntas que le tenía preparado.

Y así pude saber que tanto por la rama paterna como por la materna, el sino torero estaba ineluctablemente trazado, pues son tíos carnales suyos Machaco, Patatero los Conejos, entre otros nombres de no menos ejecutoria taurina cordobesa.

Sus primeras actuaciones tuvieron por escenario la placita de la escuela taurina que en Córdoba dirigía el *Bebé cojo*, allá por el año 1911. Tres años después debutaba en Andújar, y tan excelentes juicios se hicie-

Doña Angustias Sánchez, madre de Manolete pide a la Virgen de los Dolores suerte para su hijo

Una vida de mujer unida siempre a la tauromaquia



Doña Angustias Sánchez, con sus hijos Manolete, Soledad y Teresa y sus sobrinas Encarna, Rafaelita y Lola, fotografía obtenida en Córdoba a la llegada del diestro. (Fotos Ricardo.)



Doña Angustias Sánchez, madre de Manolete

detenidamente. ¡Y qué alegría si no, cuando todo ha salido con normalidad!...

—¿Le hubiese gustado que Manolete tuviese hoy otra profesión?

—No, tal vez no. Me gustan los toros, como ya le he dicho, y...

Doña Angustias medita un poco, para objetar nos en seguida:

—Claro está que no estaría descontenta si hubiese seguido sus estudios...

—Por su casa de La Lagunilla habrán desfilado muchos toreros, ¿verdad?—le pedimos.

—Infinidad de ellos. Y recuerdo, entre otros, a Belmonte, Zurito, Machaquito, Guerrita, que fué mi padrino de boda con Manuel; el Gallo, Pastor y Joselito. ¡Qué simpático era José! Me lo presentó mi marido un día que fué a visitarlo porque se encontraba herido de una cornada. Y ahora, en esta nueva casa, he charlado con Juan Mari y Belmontito, que estuvieron en la pasada feria de mayo.

Doña Angustias, cuando Manolete no actúa, ocupa las horas del día en su trabajo habitual: dirigir las labores de su hotel—hotel en el que vive el mejor torero de todos los tiempos, amplio y bonito, dando cara a los jardines de Murillo y muy cerca de la estatua de Julio Romero de Torres, el pintor cordobés que parece sonreír cuando Manolete pasa junto a su lado—, y es doña Angustias una "directora" excelente. Así nos lo dice una de las muchachas que están a su servicio cuando nos conduce hacia la puerta, con éstas o parecidas palabras:

—Mire usted: con la señora da gusto de trabajar. Tan cariñosa siempre. Yo creo que es lo mejor del mundo. Y quizá me quede corta...

Y a esta muchacha, cordobesa ella y admiradora "de lo que su señorito hace con los toros", le hemos preguntado:

—¿Cómo es Manolete en la intimidad, en su casa?...

—Muy bueno, y lo digo como lo siento. Cariñosísimo con su madre, a quien lleva, cuando se encuentra aquí, por las mañanas temprano, a rezar a su cuarto. Juntos están muchos minutos arrodillados a los pies de la Virgen. Luego vienen los amigos, pasea, vuelve, lee algo. En resumen: que es tan bueno en su vida particular como en los ruedos.

No conocemos particularmente a Manuel Rodríguez (Manolete). Ahora que ponemos indiscutiblemente en duda que el "monstruo" sea como algunas personas lo presentan, mejor dicho, lo desdibujan, porque Manolete tiene que asemejarse aunque no sea en mucho, a su madre. ¡Y es tan simpática doña Angustias!... Esto ha de ser así o ese refrán tan popularizado de que "de tal palo tal astilla" es un verdadero mito.

MTORGO



El famoso diestro cordobés con su madre, en su casa, convaleciente del percance que sufrió en Buitrago

SIMPÁTICA figura la de doña Angustias: bonachona y extremadamente agradable. Es de Albalade—buena gente la de esta tierra!—y vino a Córdoba a los cinco años. Se instaló en el Campo de la Merced —barrio torero por antonomasia—, y desde entonces su vida quedó por completo ligada a la tauromaquia. Y le gusta a ella extraordinariamente el arte de Manolo. Sobre todo porque... pero oigamos lo que nos dice:

—El torero es para mí algo admirable. Soy una verdadera admiradora; he visto muchas corridas y actuar a grandes figuras: Guerrita, Reverte, Machaquito, Belmonte, Joselito, Bombita... Y nunca, eso sí, ni a Rafael, ni a Manolo, ni a mi hijo.

Rafael fué su primer marido—Lagartijo Chico, compañero del Machaco en la cuadrilla de niños cordobeses y muchacho avisado, que ya cortó—; cómo no!—en el paseo del Gran Capitán—, y al morir el sobrino de Lagartijo el Grande, doña Angustias se casó con Manuel Rodríguez (Manolete), y de este matrimonio nació el ídolo de hoy, Séneca, en la arena, haciendo diabluras; con valentía y mucho arte, a los toros, una tarde, otra tarde mientras su madre, junto a su lecho de Córdoba, llora a la Virgen de los Dolores.

—¿Qué hace usted cuando su hijo torca, doña Angustias?

—Pues yo creo que lo de todas las madres de toreros: rezar. Yo, en la capilla que Manolo tiene en su cuarto con la Virgen de los Dolores; me paso la mayoría de las horas de esos días. Me acompañan mis nietas, y luego ofrecemos velas a San Antonio e invocamos a San Rafael.

Doña Angustias Sánchez Martínez hace esta operación muchas veces a lo largo de la temporada taurina: reza, reza; habla con la Virgen mientras su hijo, con ese estilo frío y un tanto calculador, estremece en los ruedos a las multitudes.

—Yo no salgo apenas de casa—nos dice doña Angustias—, y los días de corrida estoy muy tranquila. Cuando creo que ya han podido finalizar, me asomo al balcón y espero a uno de los chicos de Miguel Gómez—este Miguel Gómez, cordobés nato, es un gran aficionado y "manoletista" hasta el tuétano—, que son los que me informan



LA CORRIDA

Por MANUEL MACHADO

Una nota de clarín
de garrada,
penetrante,
rompe el aire con vibrante
puñalada.

Ronco toque de timbal.

Salta el toro
en la arena. Bufa, rugé...
Reto cruje
un capote de percal.

Acomete rebramando,
derribando
a caballo y caballero.

Da principio el primero
espectáculo español.

La hermosa fiesta brava
de terror y de alegría
de este viejo pueblo fiero...
Oro, seda, sangre y sol.

II

En los vuelos del capote,
con el toro que va y viene,
juega, al estilo andaluz,
en una clásica suerte;
complicada con la muerte
y chorreada de luz...

Elegante
y valiente,
y con una seriedad
convenciente,
va burlando
la feroz acometida
y jugando
con la vida
ágilmente.

III

Un montón
de correas y de astillas
y de carne palpitante
y sangrante...
Un fiasco de costillas
con estruendo...
Correas perforadas
y billajes
destrozados...
Sangre en tierra...
Polvo, un grito... ¡Una ovación!

Sobre la arena roja
de sol y sangre, en confusión de rotos
arros y correas,
derrubados se agitan entre el polvo
caballo y picador. Y al palpitante
montón convulso el toro
así está, rebramando,
el duro cuerno hasta la cepa roja.

... Y encuentra en el camino
nada... la orla de un capote, sólo
una figura esbelta que se equilibra
jugando con su noje...
Que se esquivaba elegante,
dejando desde el hombro
pender la rica seda... Y, paso a paso
la sigue ciego, absorto,
hasta parar rendido,
el duro cuerno hasta la cepa roja.

Y la paz es un charco
de sangre mala y negra,
y aquellos dientes fijos y amarillos...
Un azadón, un esportón de tierra,
y aquel montón de arros
que, como cosa muerta,
junto del jaco muerto
están sobre la arena.

IV

Ágil, solo, alegre,
sin perder la línea
—sin más que la gracia
contra de la ira—

andando,
marcando,
ritmando
un viaje espacial de «sbeltez y osadía...
llega, cuadra, para
—los brazos alzando—
y, allá por encima
de las astas, que buscan el pecho,
las dos banderillas,
milagrosamente
clavando... se esquivaba,
ágil, solo, alegre,
¡sin perder la línea!

V

Veinte mil corazones
laten en un silencio
claro y caliente. Brindis...
Suenan con golpe seco
las banderillas mustias
en el lomo del toro, y a su cuello
la roja sangre dibia
hace un "fourlard" soberbio.

Da un lado, por debajo
del rojo trapo en que su furia engríe,
el toro surge, alzando
remolinos de arena.
De otro lado sonríe una cara morena.

O bien, en los tres tiempos
del pase natural, tendiendo el brazo
guarnecido de oro,
la clásica elegancia
con seriedad ejerce y amogancia.

¡Fué, pudo ser! Los alambres de oro
rozaron con el asa ensangrentada.
En la arena tendido yace el toro,
y de pie, sonriendo, está el espada.

Veinte mil voces—una—gritan locas.

La inesperada acometida ha hecho
del elegante paso
un revuelo confuso... y allá, junto
de la barrera, hay algo
indiscernible... Enfrente
se ven rostros de espanto...
Y, entre manchas de grana
y reflejos metálicos,
el toro, revolviéndose,
alza en los cuernos un pelete trágico.

VI

Y su na esa divina musiquilla
de "La Giraldita", que es toda S villa,
y es tonera y graciosa y animada.
Y habla de la mujer enamorada
que nos espera... Y nombra
naranjos y azahars,
y la caña olorosa,
y una alegría rítmica en cantares,
y una tristeza vaga y lujuriosa...

Los látigos chasquean,
agitan las mulillas
en su carrera locas campanillas,
y mientras que se orcan
las frentes sudorosas
y en el pecho golpean
los corazones, suena
la música torca y sevillana,
dejando en la arena
un surco negro y grana,
para arrastrado el toro...
Lleva en el fuerte cuerno
un hilillo de oro...

Después, como de un tajo,
la música, la luz y la algazara
cesan en un momento
contra compás... De un golpe el movimiento
se desvanece y para.

VII

En gran suspenso que es la tarde crece
como de un pecho inmenso. Palidece
el sol. Y, terminada
la fiesta de oro y rojo, a la mirada
queda sólo... un eco
de amarillo seco
y sangre cuajada.



Los viejos del ruedo

Antonio González Manjón lleva cuarenta años de carpintero de la Plaza de Madrid

No ha sido torero porque a ello se opuso su familia, pero toreó algunas veces como becerrista



Antonio González, el carpintero de la Plaza de Madrid, que lleva cuarenta años prestando sus servicios

—Antes, y después, y siempre, Gillito. ¿Qué quiere usted que añada a su pregunta después de pronunciar ese nombre?

—¿Está usted relacionado con los toreros actuales? —Con todos; pero con el que me une una gran amistad es con Domingo Ortega. A Ortega y a Manolete los denomino yo toreros de la «clase especial». No sé si usted me entiende y si yo me dejo entender...

—¿Le ha gustado vivir siempre en el ambiente taurino? —Siempre. Como no haya estado enfermo o ausente, no he dejado de ver una sola corrida. Además, he asistido a todos los festivales que se han celebrado, e incluso a las encerronas que acostumbraban a dar el Casino de Madrid, el Nuevo Club, la Gran Peña y otros organismos y centros aristocráticos. Un gran animador de todas aquellas inolvidables fiestas era don Fernando Jardón, agregado a la Embajada de la Argentina en Madrid, que llegó a ganar entre los madrileños una bien merecida popularidad.

—¿Ha sido usted testigo de algún incidente digno de mencionarse? —Precisamente recordaba ahora que en cierta ocasión se estaba toreando un toro muy malo y embolado por más señas. Cuando se dió el aviso para el corral, los que estábamos en los toriles entendimos que era la señal para que saliera otro toro. Y así lo hicimos, dando lugar a que se juntaran los dos toros en el ruedo. Ni que decir tiene que se armó una de órdao a la grande, aunque menos mal que el toro saliente, buscando la querencia de los corrales, se volvió él mismo a meter en ellos. Gracias a esta circunstancia no pasó el tumulto a mayores.

—¿Recuerda usted alguna corrida excepcional? —Acaso pudiera hablarle de más de una. Pero lo más extraordinario que recuerdo en este género de acontecimientos es la corrida denominada Patriótica, que se celebró en 1898, y en la que actuaron con otros magníficos toreros de la época Lagartijillo y el Guerra. No he conocido nunca más emoción ni más entusiasmo. La guerra de Cuba traía exacerbados los sentimientos patrióticos de todos los españoles, y en la Plaza vieja de Madrid se volteó el público de todas las provincias de España. Siento un poco el calorío de lo sublime cuando lo recuerdo. Y mire si se me quedó todo aquello grabado, que hasta los brindis de las espadas los recuerdo todavía. El de Lagartijillo fué éste:

*Brindo por el señor presidente,
por nuestra España inmortal,
por sus hijas tan hermosas,
y por la gloria naval.*

—¿Qué opina usted del toreo actual? —Creo que actualmente se torea mejor que antes...; pero también que los toros que se lidian ahora son un poco más chicos que los antiguos.

—¿Ha presenciado usted alguna desgracia en la Plaza que no recayera en un torero? —Una y de las más fatales, pues vino a recaer precisamente en el jefe del personal de la Plaza, don Regino Velasco. En el callejón, al cual había saltado el toro, y hallándose descuidado el pobre don Regino, fué enganchado por el bicho, que lo zarandeó aparatadamente. El toro era de la ganadería del marqués de Melgarejo, y se llevó por delante la vida de don Regino. Los médicos, sin embargo, certificaron que la muerte fué producida no por la herida, que fué de todos modos tremenda, sino a consecuencia de conmoción cerebral, ocasionada por el golpe recibido. Esto ocurrió el 4 de septiembre de 1921.

Por cierto—añade González Manjón—que era precisamente a don Regino Velasco al que se debían aquellas célebres becerradas celebradas entre el personal de la Plaza, y en las que también intervenían muchos amigos del señor Velasco. Ofrecían aquellas becerradas la particularidad de que los lidiadores tenían que permanecer forzosamente en el ruedo, por que si alguno ponía un pie en el estribo tenía que pagar una peseta de multa, y si saltaba al callejón, un duro. Así y todo había quien pagaba en multas cantidades muy respetables. La muerte del becerro era siempre por votación, y al que le tocaba, pues tenía que apañárselas como pudiera.

Como carpintero, Antonio González Manjón es el encargado de construir las puyas que se utilizan, no sólo en Madrid sino también en las corridas de provincias, especialmente en Barcelona y Zaragoza.

—Las puyas—dice—hay que llevarlas en cajas al Sindicato de la Ganadería para su reconocimiento, sellado y precintado, sin cuyos requisitos no pueden ser usadas.

—¿Le proporciona mucho trabajo la carpintería? —En realidad, siempre hay que hacer algo; pero lo peor de esto es la perentoriedad, es decir, tener que realizar los trabajos a fecha fija: de jueves a domingo y de domingo a jueves. Sea lo que sea, los desperfectos hay que tenerlos arreglados para la corrida próxima.

Además—añade—el taller hay que improvisarlo en cualquier lugar de la Plaza: corrales, barreras, chiqueros, galerías, etc. Pero, vaya, le mentaría si le dijera que no estoy satisfecho de mi suerte.

JUAN DE ALCARAZ

PEPE LUIS VAZQUEZ

llegó ayer a Madrid para continuar el tratamiento médico a consecuencia de su última cogida

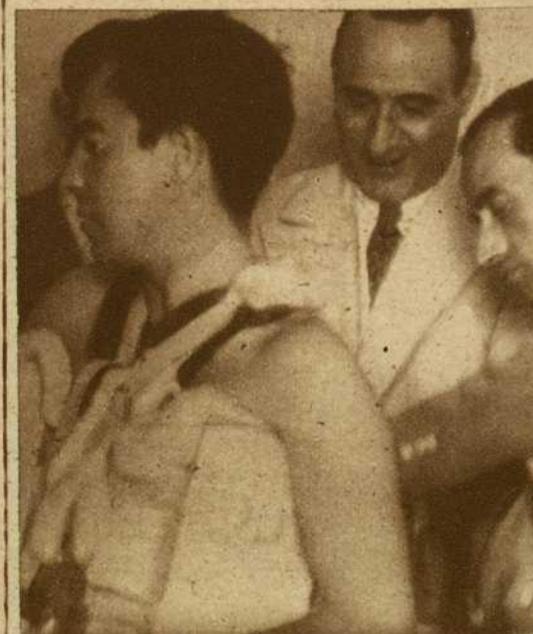


Pepe Luis, visto ayer poco después de su llegada a Madrid

El diestro sevillano con el marqués de Ordoles



Pepe Luis Vázquez sorprendido por nuestro fotógrafo ayer por las calles de Madrid



El doctor Jiménez Guinea examinando el aparato puesto como tratamiento a Pepe Luis Vázquez. (Fotos Manzano.)

¡AQUELLOS TIEMPOS!...



En este interesante retablo taurino de otro tiempo no muy lejano, podréis contemplar (de izquierda a derecha) las figuras toreras de Magritas, Ignacio Sánchez Mejías, Cuco, Almendro, Blanquet, Joselito, el Sordo, Vicente Pastor, Calderón, Juan Belmonte, Maera y Fortuna, nombres que están perennes en la memoria de muchos aficionados

RETABLO TAURINO DE UNA EPOCA INOLVIDABLE

Por MIGUEL RODENAS

—¡Aquellos tiempos!... ¡Entonces sí que se lidiaban toros, con arrobos y trapío, por toreros de verdad! Estas frases y otras parecidas—estereotipia del recuerdo—las habréis oído muchas veces de labios de hombres que peinan canas. Para estos aficionados, que ya saltaron la barda de sus sesenta años, «cualquiera tiempo pasado fué mejor».

Añoran el lance de tjereta, y el par de banderillas al trapecio, y la muerte de un toro bronco al revuelo de un capote, y tantas y tantas suertes que con harta frecuencia practicaban los grandes toreros de su época. ¿Quién es capaz de disuadir de su error a un hombre que se apega a la tradición con tanto arraigo?

Y, sin embargo, el toreo, como todo en la vida, fué evolucionando, y, con la realidad, ha evolucionado también el criterio de los recalitrantes.

Después de disfrutarla, ya prefieren la luz eléctrica a los mortecinos faroles de gas, y el automóvil veloz a la diligencia cansina... En realidad, todo depende de saber amoldarse a las circunstancias, porque, quíerese o no, cada hora tiene su afán y cada minuto exigencias distintas e inaplazables.

En el toreo ocurre exactamente lo mismo. A los que vieron torear a Guerrita y hoy se asombran ante el prodigio de las faenas que Manolete hace a los toros queremos recordarles que en la lidia de reses bravas ha habido un momento de transición, un período evolutivo tan interesante en la historia del toreo que, acaso sin esa transición, el diestro de Córdoba no sería hoy el pasmo y la admiración de todos los públicos.

Joselito fué la sabiduría vestida de luces. Porque conocía el estilo de los toros como ningún torero, ejecutó todas las suertes con un arte y una fa-

cilidad admirables. Se le consideró genial en su época, porque en su profesión lo era realmente.

Surgió Belmonte, que trajo a la lidia de toros un concepto más estricto de las distancias. A cambio de muchas volteretas, cuando la gente decía de él que era «carne de toro», se empenó en pisar terrenos que los técnicos reputaban de inverosímiles. Hasta que la serenidad y firmeza de su toreo, su estilo nuevo y temerario, lleno de personalidad, se impusieron. Entonces los heterodoxos de aquella novísima doctrina taurómaca dijeron de Belmonte que era un suicida, cuando lo que hizo con su arte revolucionario fué dar a la fiesta normas de emoción desusada y, con su valor, a los toreros de hoy los trazó un camino por el que, sin su iniciativa y ejemplo, no se hubieran aventurado jamás.

De ese período evolutivo e interesantísimo de las nuevas normas de lidia formó parte en las postrimerías de su carrera taurina Vicente Pastor. Su toreo sobrio, su experiencia cuando surgieron aquellos valores, su buen arte y su dominio sobre las reses le manuvieron en un plano dignísimo al lado de los colesos. Era un estilo que se iba para dar paso a otra modalidad mucho más en consonancia con los gustos del público.

Otro tanto le ocurría a Diego Mezquiarán, Fortuna, torero de «pelea» y uno de los matadores de toros de más clásico y limpio estilo que pisaron los ruedos.

Un buen amigo y excelente aficionado a la fiesta taurina, Rafael L. Casanoya, buscando en el acervo de sus recuerdos gráficos, encuentra la fotografía que ilustra esta crónica, y me la envía, «por si esas figuras toreras tienen interés»—dice. ¡Ya lo creo que lo tienen! Como que es un re-

tablo taurino de valor incalculable. Sus componentes llenaron con su arte uno de los períodos más brillantes de la tauromaquia. Son figuras toreras que parecen talladas por golpes de gubia al compás de un pasodoble.

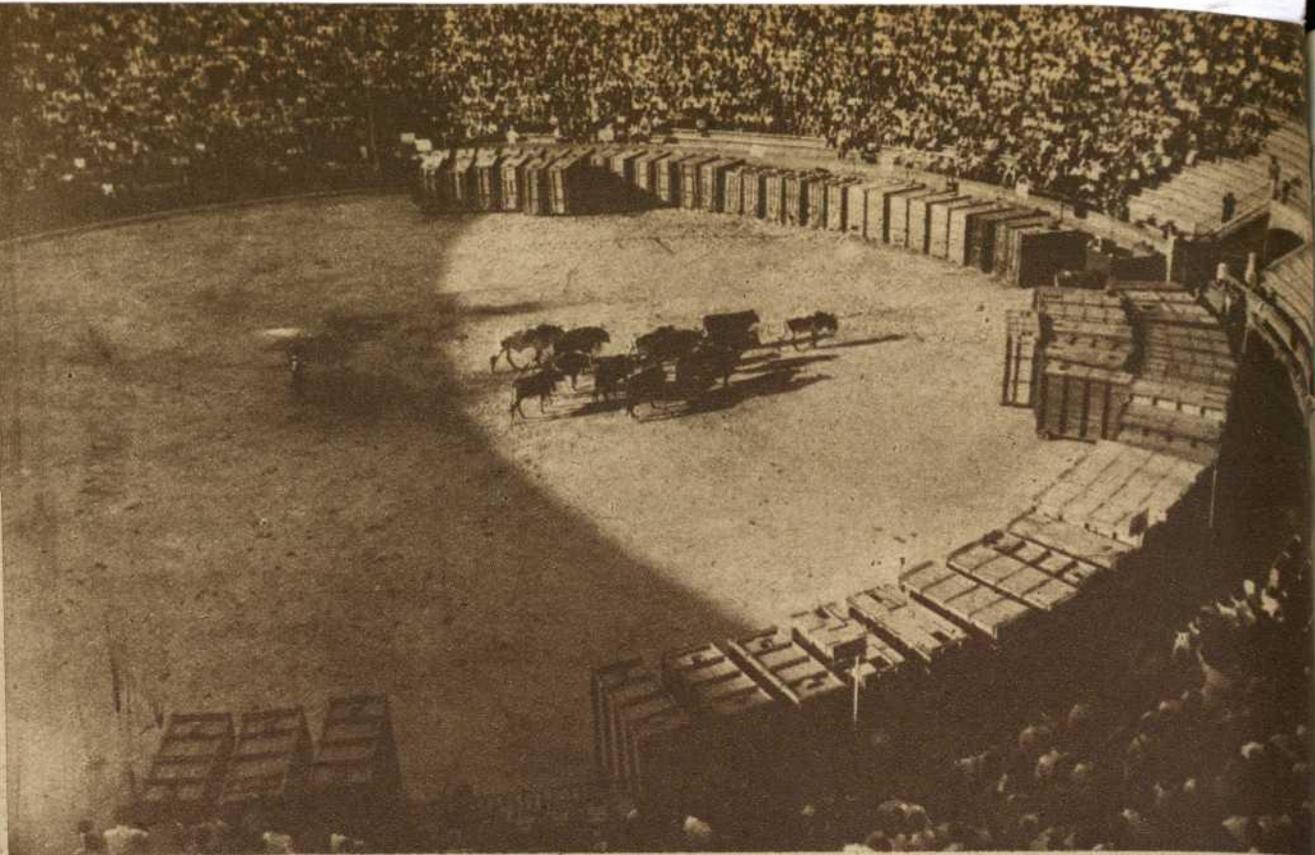
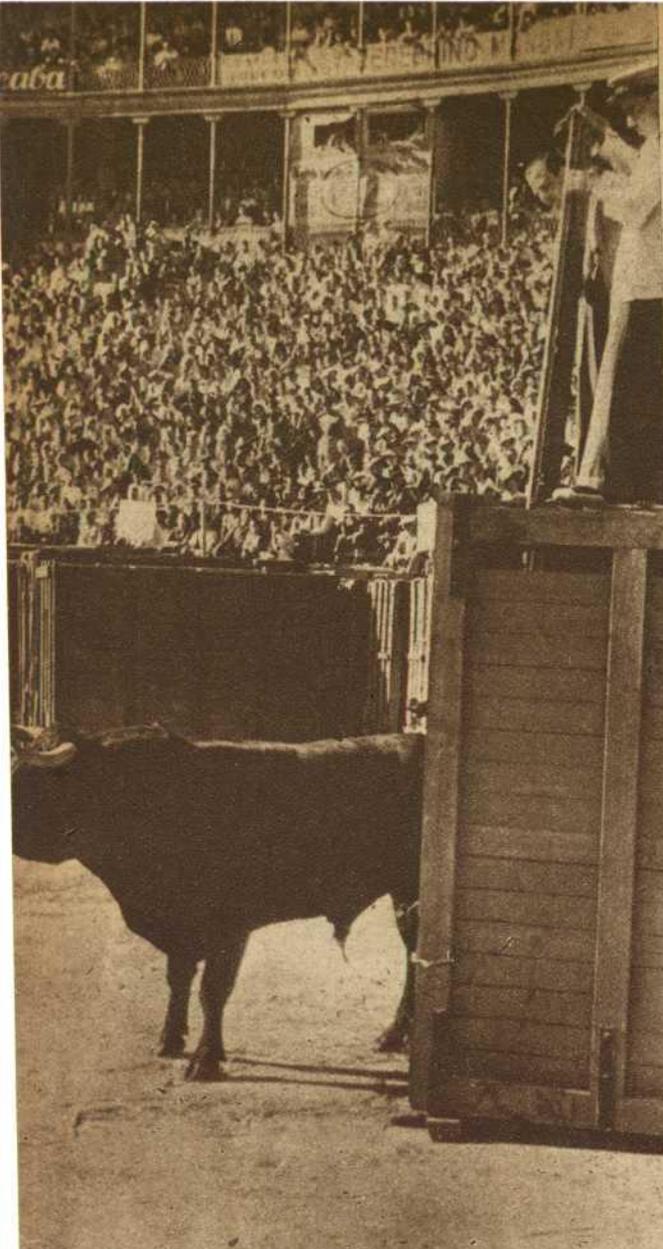
Ahí, en ese retablo, arropados con el airoso capotillo de luces, dispuestos para hacer el paseillo en una corrida que acaso dejara recuerdo en los donostiaras, la arrogancia varonil del malogrado Ignacio Sánchez Mejías, cuando aún no había cambiado las banderillas por los trastos de matar; la silueta torerísima de Joselito, rezumando arte hasta en la manera despreocupada de ceñirse el capote de luces; la planta sobria y recortada de Vicente; la silueta encogida de Belmonte, y la recia traza de Fortuna.

Alrededor de ese póker de ases de la baraja taurina de aquella época, además de Sánchez Mejías, están peones magníficos, como Blanquet, Magritas, Cuco, Almendro, Maera, Calderón y el Sordo.

Ese grupo de toreros—unos como matadores y otros como auxiliares—plantó la semilla que tan espléndido fruto había de dar en la hora de ahora. Con una diferencia; los diestros de hoy, en su mayoría, se preparan para hacer el paseillo con un gesto de sombrías preocupaciones en el rostro, mientras que estos de ayer, si os fijáis un poco, podréis observar cómo en todos los labios florece una sonrisa de optimismo.

¿Será porque entonces los toreros tenían más afición a su oficio? ¿Más seguridad en sus recursos? ¿Más fe en su arte?

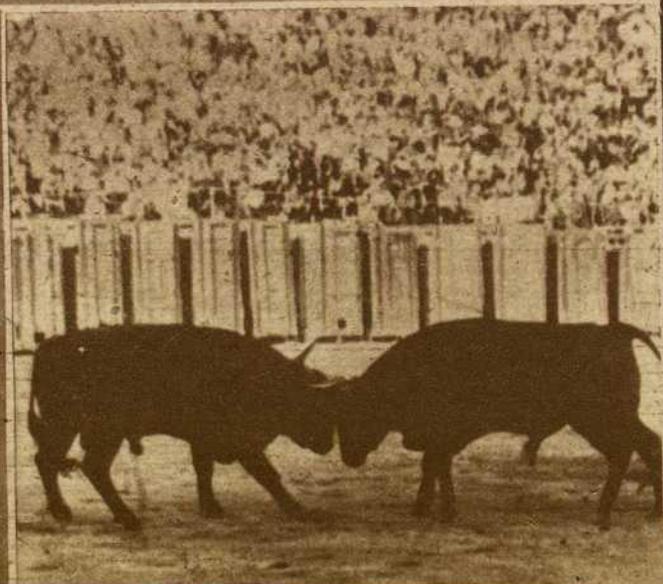
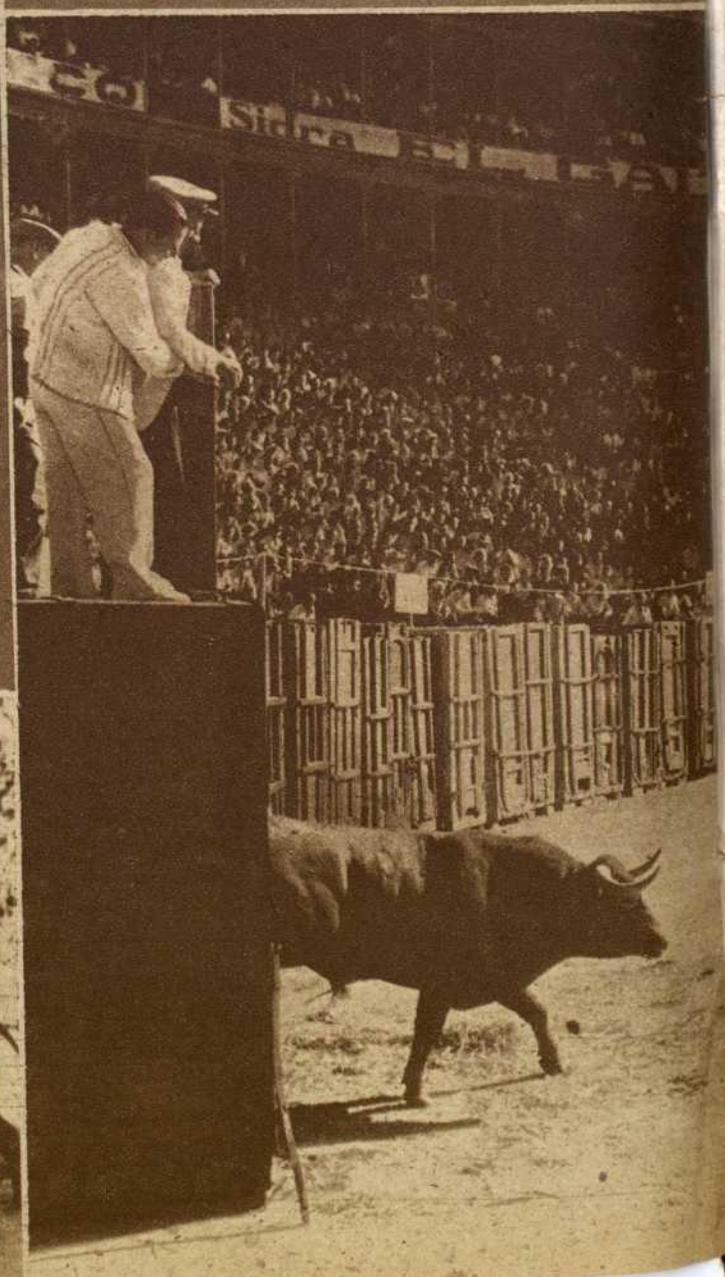
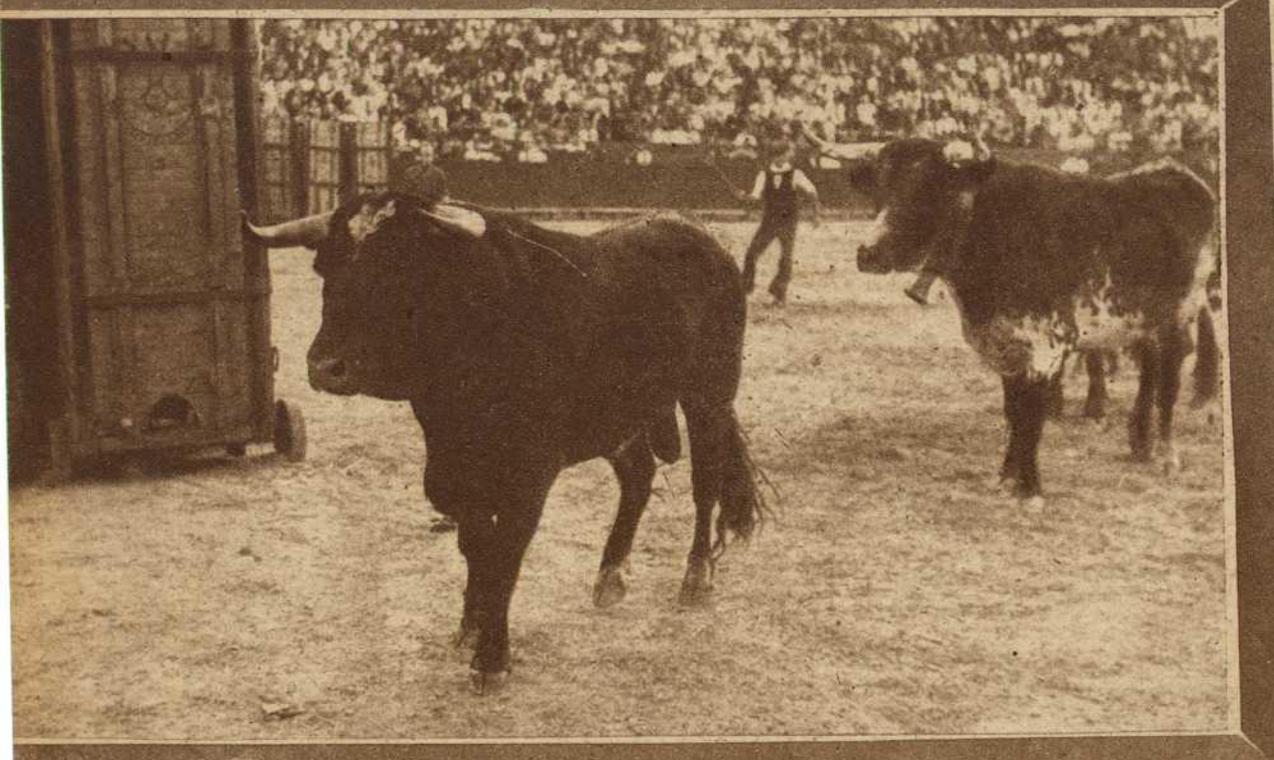
—Lo ignoramos. La realidad es que sonreían momentos antes de cambiar el capote de lujo por el de brega.

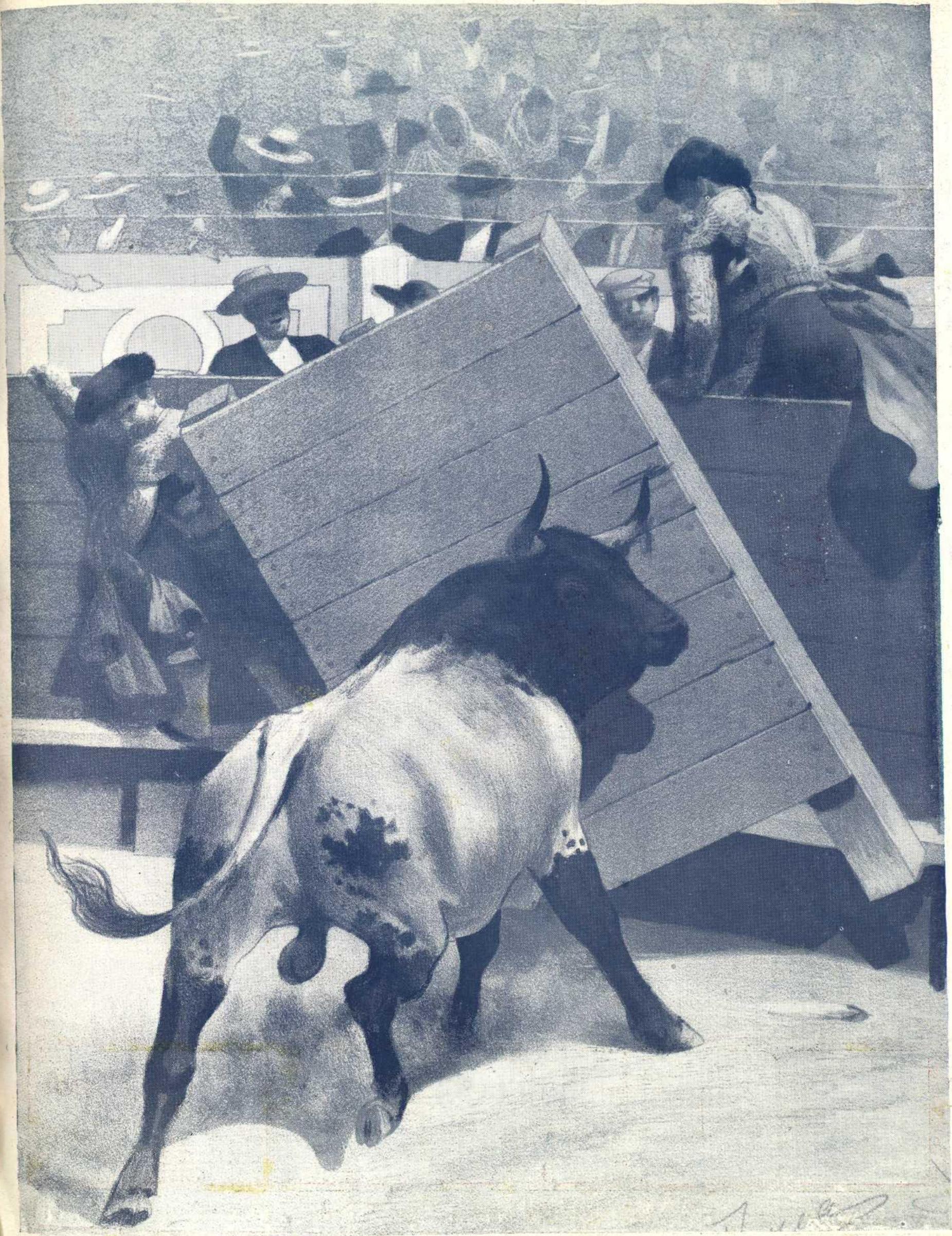


ANTE LA FERIA DE VALENCIA

El desencajonamiento de los toros

El domingo se celebró en la Plaza de Valencia el desencajonamiento de los toros que se lidiarán en las diez corridas de feria. En esta página, seis momentos gráficos del desencajonamiento, que fué del agrado del público en general, que llenaba la Plaza, quien hizo salir al centro del ruedo a varios de los mayores, como premio a los ejemplares que han enviado para las corridas de esta gran feria de Valencia. (Fotos Vidal.)





Defensa inútil

(Dibujo de Perea.)

¡Va por usted...!

brinda "El Jerezano" en la firme seguridad de triunfar por el alto valor de su excepcional calidad



MEZCLITA

Lanchas Romate H^{na}
Exportadoras
Jerez de la Frontera

Fino Marismeno * Amontillado N. P. U.
Oloroso DOÑA ANA * Coñac N. P. U.
Coñac Viejísimo ROMATE * Coñac
CARDENAL CISNEROS * Anís ROMATE

ROMATE
 LA CASA DE FAMA MUNDIAL DESDE EL SIGLO XVIII